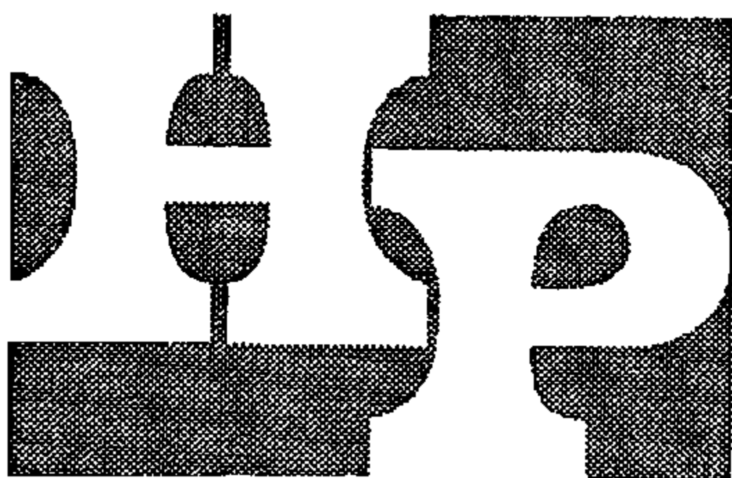
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Keith Luger

UNA HERENCIA DIFICIL





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UNA HERENCIA DIFICIL

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 16
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito Legal B 7801-1970

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: 1970

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Donald Cavanangh, de cincuenta y cinco años de edad, cabeza monda como una bola de billar, ojos castaños y barbilla puntiaguda, consultó el reloj encadenado que sacó del bolsillo del chaleco, exclamando después:

—¡Por vida de…! ¡Las tres y media y ese bergante sin venir!… ¿Qué se habrá creído?…

Cavanangh era juez de Trinity y aquella tarde había suspendido su acostumbrada siesta para celebrar una importante reunión con dos personas oriundas de la región. Una de éstas se hallaba ya presente. Edmund Sanders, joven, de poderosa apariencia, pupilas de un verde claro y rostro atezado.

—Probablemente a John Nelson le tiene sin cuidado su citación, señor juez… —repuso desde el sillón en que se sentaba, muy cerca de un gran ventanal a través de cuyos cristales se divisaba un buen trecho de calle.

El despacho del juez había sido tiempos atrás la barbería. Cavanangh, al ser elegido en democrática votación para ocupar tan alta magistratura, opinaba que para juzgar a sus conciudadanos nada mejor que contemplarlos en su propia salsa. De aquí que se buscase un observatorio desde donde contemplar el rebaño que el Destino había colocado bajo la vara de su justicia.

Le gustó la barbería de Jim el Largo. Pero Jim el Largo se opuso a abandonar un negocio que llevaba funcionando catorce años en Trinity, exactamente desde la fundación de ésta. Así, pues, el primer acto jurisdiccional que Cavanangh realizó al estrenar el cargo fue el de expropiar la barbería de Jim «por convenir a los altos intereses de la comunidad». El Largo fue diciendo a todo el mundo que lo que el juez no quería perderse era el ver las fulanas que entraban y

salían del «Blue Saloon», ubicado frente a su barbería.

El caso fue que el juez logró su despacho y Jim hubo de conformarse con la indemnización que le hizo efectiva el municipio, con la que abrió otro taller de rapado seis manzanas más arriba.

Al oír la respuesta de Sanders, Su Señoría se puso lívido.

—Conque le tiene sin cuidado, ¿eh?… —murmuró.

—Ya sabe cómo es Nelson…

—¡Me importa un rábano como sea!… ¡Yo soy el juez y le he citado en uso de mis atribuciones!… ¡Por de pronto, su tardanza le cuesta una multa de dos dólares!…

—Lo gracioso es que no vendrá…

—¡No creo que sea capaz de hacer una cosa así! ¡Él sabe perfectamente que se trata de la lectura del testamento de su tío Sídney!…

—Quizá Johnny esté celebrando el acontecimiento con una de sus juerguecitas. Convertirse en el dueño del rancho «Tres Colinas» es algo que merece la pena…

—Lo malo es que ese pródigo de Johnny acabará con el «Tres Colinas» en menos tiempo del que Jim el Largo inventa una calumnia —murmuró el juez mirando a una dama vestida de rojo que acababa de salir del «Blue Saloon».

—Lástima que se pierda una hacienda así… —suspiró Sanders.

—Lástima porque es hermosa, muy hermosa… —convino el magistrado, observando el talle de avispa de la hembra.

—La mejor de la región.

—Está bien; pero yo no diría tanto.

—¿No? ¿Qué otra hay que la supere, señor juez?

—Helen tiene mejores complementos.

Sanders frunció el ceño.

—¿Helen?… ¿Qué Helen?

El juez pareció volver a la realidad y tosió fuerte, replicando:

—¿Qué Helen?… ¡La hacienda de Helen Rubinstein!…

—¡Pero si esa mujer sólo posee un trozo de tierra con cuatro hierbajos!…

—¡Eso es lo que usted cree!… —Hizo un nuevo carraspeo—. Quiero decir que su rancho está sin explotar, pero si allí entrase un hombre… ya me entiende… un hombre con ganas… de trabajar, naturalmente… —Torció el gesto y estalló—: ¡Bueno!… ¿de qué

diablos estamos hablando?… ¡Ese condenado muchacho!…

Tras una pausa, Sanders dijo:

—Lo malo es que no ha tenido nunca a nadie.

—Usted, como capataz del «Tres Colinas», lo conocerá bien…

—Sí; conozco todos sus defectos. Se ha criado haciendo su santa voluntad. Quedó huérfano muy pequeño y su tío Sídney lo recogió…

—Pues a Sídney también le gustaban las juergas. Según tengo entendido, más de una vez las corrieron juntos…

—Eso era muy de tarde en tarde. Sídney pretendía con ello que el muchacho rectificase su conducta.

—¡Vaya camino que elegía!

En aquel instante crujió el ventanal y el cristal saltó hecho pedazos bajo el impulso irresistible de un cuerpo humano que entró en el despacho del juez como un proyectil.

Cavanangh y Sanders se incorporaron de sus sillones con el consiguiente sobresalto, pero aun no había terminado su sorpresa.

Por el hueco que ahora existía sé introdujo John Nelson, quien se adelantó hacia el que le había precedido, lo cogió del cuello de la camisa, izándolo del suelo y estrellándole seguidamente su puño derecho en la mandíbula.

El agredido echó a correr nuevamente hacia atrás como impulsado por un cohete, chocaron sus espaldas contra la pared y se abatió sobre el suelo privado del conocimiento.

—¡Johnny Nelson! —rugió Su Señoría.

El aludido había cumplido los veintiocho años de edad y medía un metro setenta y tres centímetros de talla. Su rostro broncíneo era de rasgos duros pero correctos, los ojos azules y el cabello negro. Se cubría con una camisa verde, chaleco de piel de búfalo, zahones de *cowboy* y un sombrero tejano de ala ancha.

Volvióse al juez, acariciando el puño que había empleado, y dijo:

—Lo siento, señor juez. Este tipo insultó a una dama…

La cara de Cavanangh pasó por distintos colores. De su sonrosado habitual al pálido amarillento, al suave violeta, al peligroso morado… Hizo un esfuerzo por no ponerse negro.

—¡Por vida de…! —bramó con su frase favorita—. ¿No se te ocurre otra cosa?… ¡Me has destrozado la ventana!

—Le pondré otra nueva, juez, Ya sabe que ahora soy rico.

—¿Es posible que hables así cuando aún no hace siete días que enterramos a tu tío?

—El viejo me dijo que no lo llorase. Bueno, he sentido su muerte… pero, ¿qué se le va a hacer? A todos nos llega nuestra hora…

Cavanangh sentía aumentar su ira por momentos.

—¡No discutamos más! —Barruntó—. ¡Terminemos cuanto antes!… ¡Pero saca de aquí a ese sujeto!

El sujeto en cuestión había empezado a moverse. Nelson lo cogió de un brazo, ayudándole a levantarse, lo acompañó hasta la ventana destrozada, tras la que se había formado en la calle un grupo de curiosos, y lo arrojó sobre éstos de un soberbio empujón.

—Pasemos a la otra habitación —dijo el juez, cogiendo un gran sobre de encima de la mesa—. Aquí se enteraría todo el mundo.

John saludó a Sanders.

—¿Qué tal, capataz? ¿Cómo usted por aquí?

—He sido también citado —repuso Edmund con voz en que se notaba cierta reserva.

Pasaron a la otra sala menos amplia, que contenía una mesa de comedor y varias sillas. Cavanangh invitó a sus visitantes a que se sentasen y él lo hizo diciendo:

—El señor Sídney Nelson, horas antes de morir, me mandó llamar para entregarme este sobre conteniendo su testamento, con el ruego de que al cabo de una semana lo leyese a ustedes dos. ¿Quieren comprobar que los sellos no han sido tocados?

Ninguno de los dos interrogados deseó hacer la comprobación, por lo que el juez rasgó el sobre extrayendo un pliego de papel que se puso ante la nariz.

—De acuerdo. Empezaré a leer. —Carraspeó nuevamente, se puso unas gafas y leyó—: «Yo. Sídney Nicholas Nelson, en pleno uso de mis facultades mentales…».

—¿No puede suprimir esa parte? —lo interrumpió Johnny con una sonrisa—. Al fin y al cabo, ya entiende…

—Está bien… —La mirada de Cavanangh descendió rápidamente por la superficie del papel y pasados unos segundos reanudó la lectura—: «… En virtud de lo cual declaro ser ésta mi última voluntad: Que el rancho conocido con el nombre de “Tres

Colinas”, con todo cuanto contiene, así como sus pertenencias, pase a poder de mi sobrino John Nelson…».

Johnny se incorporó riendo:

—Bueno; el viejo no se portó mal. Era un gran camarada.

—¿Quieres sentarte? —inquirió suavemente el juez—. Aún no he terminado.

—¿Queda algo más? —repuso el joven, volviendo a la silla.

—«… Pase a poder de mi sobrino John Nelson —repitió Cavanangh— siempre que cumpla las tres siguientes condiciones: …».

—¿Eh? —murmuró el presunto heredero.

—«Primera: Que consiga que pase por Trinity el ferrocarril que ha de unir Palestina con Houston, y que en principio ha sido aprobado para que pase por Groveton».

—¡Eso es absurdo!

—«Segunda: Que acabe con el forajido Casey Morgan, que lleva cuatro años robando y asesinando por toda la región».

—¡Para eso están los *sheriffs*!

—«Tercera: Que se case con Judith Niven».

—¡No!

—«Para cumplir estas tres condiciones, mi sobrino John Nelson dispondrá de un plazo de seis meses, transcurridos los cuales, de quedar alguna condición sin realizar, el rancho “Tres Colinas” pasará a poder de mi capataz Edmund Sanders»…

—¡El viejo estaba loco!

—«Para que observe el legítimo cumplimiento de esta mi última voluntad, nombro albacea testamentario al juez de Trinity, Donald Cavanangh…». —Su Señoría apartó los ojos del pliego, diciendo—: Lo demás carece de importancia, es puro formulismo…

Johnny se puso en pie de un salto.

—¡Es un completo disparate!

—¿El qué, Nelson?

—¡Ese testamento!…, ¡las condiciones!…, ¡todo el mamotreto!

—Es la última voluntad de tu tío. Tú conoces su letra. Puedes leerlo por ti mismo.

Johnny cogió el pliego que el juez le alargaba y lo devolvió tras un somero examen.

—¡Es su letra!…, ¡pero no puede hacerme una cosa así!…

—¿Por qué no?

—¡Recusaré el testamento!… ¡Mejor dicho, sus condiciones!

—Como juez he de recordarte una cosa, muchacho. El heredero que recusa, en todo o en parte, el testamento de su herencia, pierde su derecho a ésta. Rehúsalo y automáticamente el «Tres Colinas» pasará a pertenecer a Sanders sin que haya necesidad de que transcurran los seis meses…

Una risita irónica impidió que John contestase. Volvió la cabeza. Era Sanders quien reía, acodado sobre la mesa.

—Me parece que le va a ser un poco difícil cumplir esas condiciones…

—Fue cosa suya, ¿eh? —dijo John con furia.

—Déjese de tonterías. No conocía nada. Pero ahora me doy cuenta de que el patrón sabía que usted no era hombre para el «Tres Colinas». Ha preferido que sea yo su dueño…

—Se cree ya en posesión del rancho, ¿verdad?

—Parece que todo está claro.

—¿Y si cumplo esas condiciones?

Sanders miró al joven con sarcasmo.

—¿Habla en serio, Johnny?… Si es así, es mejor que lo encierren a usted. ¿Está enterado de que ese tramo del ferrocarril por Groveton está ya aprobado por la Compañía del Este de Tejas?

—Pero todavía no está construido.

—¿Qué va a hacer? ¿Robar los rieles y traérselos a Trinity? Sería usted capaz, pero no le valdría. El señor juez queda encargado de velar por el legítimo cumplimiento de las condiciones…

—¡Váyase al infierno!

—¿Y qué me dice de Casey Morgan? Usted no tira mal, pero Casey es un rayo con el revólver… No, no piense en matarlo por la espalda. Tampoco sería un legítimo cumplimiento…

—¿Quiere callarse de una vez?

Sanders se echó hacia atrás brillándole los ojos como ascuas.

—Y por último está la condición del matrimonio. Judith Niven. Una chica que acaba de llegar del Este, donde se ha educado. Ni siquiera la conoce usted. ¿Cómo se va a casar con John Nelson cuando sepa que es un hombre mujeriego, jugador, y otras cosas más?…

—¡Cierre la boca o se la cierro yo de un puñetazo, capataz!

Sanders se incorporó.

—Le evitaré ese trabajo. Ya me voy. —Se dirigió a la puerta y al coger el pomo se volvió para preguntar—: ¿El señor Nelson es mi patrón, juez?

Cavanangh negó con la cabeza, diciendo:

—No, hasta que cumpla las condiciones exigidas.

El capataz sonrió una vez más, observando el demudado semblante de Nelson, y salió de la habitación cerrando tras sí.

—¿No va a hacer nada, señor Cavanangh? —inquirió el joven, tan pronto se quedó a solas con el magistrado.

—Es a ti a quien toca hacer mucho, Johnny.

—¿Es que aquí todo el mundo ha perdido la cabeza?

El juez miró silenciosamente durante largo rato al joven, retrucando después:

—¿Te has preguntado alguna vez, Johnny Nelson, si tú la tienes en su sitio?

John apretó los labios, fue a responder, pero optó por girar sobre sus talones y abandonar la casa.

CAPÍTULO II

Judith Niven caminaba lentamente por la acera derecha de la calle principal de Trinity, deteniéndose de vez en cuando ante los escaparates que encontraba al paso.

Había cumplido dos meses antes veintiuna primaveras. Su presencia era un regalo para la vista de los vecinos de Trinity que a aquellas horas revoloteaban por el lugar. Esbelta, de formas pronunciadas, su cuerpo era un dechado de perfección porque reunía la armonía y la belleza. La nariz respingona, los ojos negros, los hoyuelos de las mejillas, el cabello negro como la pez, cada uno y todos los rasgos o características físicas acentuaban la aureola de encanto y fascinación que parecía envolver sus cincuenta y ocho kilos de carne y hueso, más carne que hueso, que en aquel momento cubría, a excepción del maravilloso escote, con un vestido color lila, última moda en Boston. Se tocaba la cabeza con un pequeño sombrero, del mismo color que el vestido, rematado por una pluma de avestruz.

Al pasar al lado de un ventanal cuyo cristal dos hombres se ocupaban en poner, vio que en el interior de un despacho un caballero saltaba de la silla y se abalanzaba hacia delante.

La hermosa ignoró el hecho desviando sus ojos, Su Señoría Donald Cavanangh pegó la nariz al cristal y de esta guisa, chato pronunciado, fue sorprendido por Jim el Largo, que a la sazón se encontraba cerca de los operarios y dirigió al magistrado una furibunda mirada de reconvención.

El juez, como si hubiese sentido súbitamente la picadura de un aguijón en el apéndice nasal, reaccionó, botando del ventanal al centro de la estancia.

Judith continuó su paseo.

Hacía más de una semana que había llegado a Trinity, pero hasta aquel día, ocupada en atender a los visitantes que acudían a su casa a darle la bienvenida, no había tenido oportunidad de salir a solas, como ella quería, para recordar aquella ciudad que se le había quedado tan pequeña en un rincón de la mente.

Estaba emocionada. Trinity había crecido, era otra, pero la quería como si no hubiese existido aquel largo paréntesis. Muchas veces, en los siete años transcurridos en el Este, la había añorado. Era un extraño sentimiento de nostalgia que no sabía cómo explicar. Quizá fuese que le gustaba respirar el aire cargado de la salvia que crecía en los campos circundantes o contemplar la gigantesca bóveda azul limpia de nubes, o presenciar el ocaso del sol, cuando el disco rojo de sangre se sumergía en las montañas del horizonte provocando en la tierra y en el aire una gama inigualable de colores y en el alma un sentimiento de felicidad.

De pronto una voz dijo cerca de ella:

—Vas muy sola, monada…

La joven, interrumpida en sus pensamientos, se detuvo y miró instintivamente a su derecha. Vio a un *cowboy* joven con sonrisa socarrona que apoyaba el pie derecho en el borde de la acera, manteniendo el otro en la calzada.

Enrojeció lamentando no haber proseguido su camino. Irguió la barbilla y echó a andar, pero su actitud había envalentonado al *cowboy* porque él se puso en seguida a su costado diciendo:

—En esta tierra es costumbre que una chica tan estupenda como tú lleve a su vera a un tipo airosa como yo…

Judith lo midió de pies a cabeza con la mirada y repuso con voz irónica:

—¿Airoso, dice?… Con una giba más sería un camello.

El *cowboy*, en lugar de tomar a mal el insulte, soltó una gran carcajada y dijo:

—Eres como mi «Elisa», monada…

Judith, aunque bien sabía que era de mal guste hablar con desconocidos, en el fondo se alegraba de poder conversar con uno de aquellos centauros que producía tan generosamente su bendita tierra. Por ello le siguió la corriente, preguntando:

—¿Elisa? ¿Quién es Elisa?

—La potranca más indomable de mi cuadra…

La muchacha se detuvo de nuevo, mirando airadamente el rostro congestionado por la risa de su interlocutor.

—¡Es usted un grosero, caballero!… —exclamó coa los ojos chispeantes.

—Vamos, vamos, preciosa… —dijo el oteo—. Que no es para tanto. Empezaste tú primero. ¿Sabes lo que debemos hacer ahora? Yo te lo diré, ricura. Nos daremos un besito…

—¿Qué dice? ¡Está bebido!

—¡Por las barbas de Buffalo Bill!… ¡Ésa sí que es buena!… Te juro que no he bebido más de seis vasos en lo que va de día…

—¡Déjeme en paz!

—Primero el beso y ya verás cómo luego nos entendemos mejor.

Un hombre surgió al lado de Judith, tocándose el ala del sombrero.

—Perdone, señorita… ¿Necesita ayuda?

La joven vio unos ojos azules de mirar simpático, una cara de rasgos varoniles, un pecho ancho, unas manos fuertes, grandes…

Iba a hablar, pero el camello se le adelantó.

—¿Quién le ha dado vela en este entierro, compadre?

El segundo desconocido se echó a la nuca el sombrero tejano pegando un papirotazo con los dedos en el ala, y apartó suavemente a Judith con la otra mano.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Molestando a la señorita…

—Sería mejor que se ocupase en sacar brillo a su revólver, lechuguino…

Judith tragó saliva acercándose a la pared. No sabía qué hacer. ¿Se matarían ahora por ella?

—¡Lárguese! —ordenó el de los ojos azules, con voz seca.

Su rival, el dueño de la potranca, sonrió una vez más.

—¿Quién lo dice? ¡Te voy a dar una que te vas a estar acordando mientras vivas!…

Disparó su puño derecho, pero no llegó a su destino, la cara del otro, porque éste cimbreó la cintura, replicando a su vez con un izquierdazo.

Judith oyó un golpe seco, como aquella vez que rompió la tetera de tía Gertrudis. Pero ahora no era la tetera la que sonaba, sino la quijada del camello, quien puso los ojos en blanco, trastabilló inconsciente y se derrumbó igual que una res a la que hubiesen

golpeado en lo alto del testuz.

—Oh… Oooh… —exclamó la muchacha, llevándose las manos a las mejillas, en un gesto de horrorosa aflicción.

El vencedor de la corta lucha miró al caído, cerciorándose de que tenía para rato, y se acercó a la dama diciendo:

—Lo siento de veras, pero no había otra forma de disuadirlo…

Algunos peatones que se habían detenido al oír las primeras frases intercambiadas por los antagonistas, se marcharon meneando la cabeza decepcionados.

—¿Es que nadie le va a ayudar? —preguntó Judith, señalando con el índice al yacente.

—No se preocupe. Los hombres de aquí son de acero. Dentro de un instante se levantará como si tal cosa…

—¡Pero lo buscará para matarle!

—Ninguno de nosotros somos tampoco vengativos. Cuando nos volvamos a ver, me invitará a una copa…

—¿Lo conoce usted?

—Sí; es Kent Steele, un tipo que anda siempre a la gresca. Pero será mejor que sigamos andando. Si despierta y me ve con usted, es cuando intentará buscar la revancha…

Judith empezó a andar rápidamente, para evitar la coyuntura que su salvador presagiaba. Él se puso a su lado, explicando:

—No lo tome como una impertinencia, si la acompaño. Pero creo que, en vista de las circunstancias…

—Oh, no tiene que excusarse. Le agradezco su intervención, aunque… la verdad, no suponía que le iba a pegar tan fuerte… ¿No anda usted también a la gresca, señor…?

—Nelson. John Nelson.

—¿Nelson? ¿Acaso es usted el sobrino del difunto Sídney?

—El mismo.

Judith se quedó quieta, sonriendo a John.

—¿Y no me conoces, John Nelson?

—Yo… pues… creo que es la primera vez…

—Soy Judith Niven, John…

—¿La pequeña Judith? —inquirió él, arrugando el entrecejo—. ¡Pero si es cierto!…

Los labios de la joven se distendieron en una sonrisa que era más bien amarga.

—No, John… —balbució—. Tú no puedes acordarte de mí… Cuando salí de Trinity tú va eras un hombre y yo una mocosa…

—En serio que me acuerdo —opuso débilmente Nelson.

—Estás mintiendo, pero no es preciso que te excuses… Entonces tú ya tenías novia… dos para ser exacta…

Johnny se mordió el labio inferior, sintiéndose por primera vez molesto porque le recordase aspectos de su vida.

Prosiguieron andando y ella declaró:

—Siento que mi regreso haya coincidido con la muerte de tu tío. Mi padre y él eran muy amigos. Recuerdo a tío Sídney como un buen hombre y eso siempre es lo que importa. —Vio a Johnny un tanto pensativo y le preguntó—: ¿No te parece?

—Sí, es lo que importa —repitió él, al cabo de un rato.

Siguieron caminando en silencio.

Judith sintió que algo que creía dormido en su ser brotaba con un extraño y redoblado ímpetu. ¡Santo Cielo! ¿Sería aquello lo que en realidad la había atado a Trinity? ¿John Nelson?… Sí, era cierto que se había enamorado de él, ¡pero entonces ella sólo tenía catorce años! Lo veía a él inaccesible, como uno de aquellos príncipes de cuentos de hadas lo era para las jóvenes desprovistas de fortuna que necesitaban de la colaboración mágica de un hada para lograr el cumplimiento de su sueño. ¡Cuánto había llorado su última noche en Trinity, antes de partir para Boston! Pero luego, allá en el colegio, todo se fue esfumando, John Nelson, su sonrisa y sus maneras… Conoció a otros jóvenes y hasta alguno de ellos sucesivamente ocupó el lugar de John, aunque jamás fuese novia de ninguno. Y prueba de ello era que no se había acordado de John desde su regreso. Bueno; para ser sincera, sólo una vez, en el propio Boston, lo recordó. Empero, este recuerdo la acudió a la mente provocándole sonrisas, diciéndose que ya debería ser padre de tres o cuatro tejanos.

Tampoco lo había reconocido ahora, aun cuando conforme más lo miraba tenía que convenir que era el mismo John, sólo un poco más hombre, más vigoroso.

Cuando su padre le comunicó la muerte de tío Sídney, acaecida un día antes de su llegada, había preguntado si John estaba casado. E incluso cuando le dijeron que no, que era un botarate, un hombre sin sentido común, a ella no le hizo efecto alguno tal noticia.

Y he aquí que ahora, al reencontrarse con él, torio parecía cambiar. Sentía un no sé qué cuando John la miraba, cuando abría aquellos labios sensuales para replicarle.

Entonces se percató de que habían salido del pueblo y que andaban por el camino que conducía a su rancho sin haber pronunciado palabra en los últimos diez minutos.

—Es maravilloso sentirse de nuevo en casa —murmuró, tratando de iniciar un diálogo.

—Es posible —repuso él—, pero yo siempre he estado aquí y no puedo calibrarlo.

—Has tenido esa suerte.

—¿Tú crees?

Judith enarcó las cejas. La pregunta llevaba implícita una duda. ¿Es que a él no le gustaba Trinity?

—¿Qué piensas hacer ahora, Johnny?

Lo había llamado por su diminutivo y se encontró envarada al pronto.

—¿A qué te refieres? —inquirió Nelson.

—Al rancho, naturalmente. Uno siempre tiene ideas distintas que su antecesor. Se suceden los inventos, los sistemas de explotación del ganado… Los que se hacen viejos en la lucha, son reacios a implantarlos y es necesario una cabeza y unos músculos jóvenes para proseguir la tarea de acuerdo con las exigencias de los tiempos nuevos.

John la escuchó como si le llegase su voz desde muy lejos.

—Hablas como un político, Judith.

—No te extrañe. Estudié Economía en la Universidad.

—Esas cosas sólo lo dicen los candidatos a cualquier puesto dirigente de la comunidad.

—¿Y crees que es propaganda? Hay muchos rancheros en Kansas y otros Estados del Este que están poniendo en práctica los métodos de ahora y según las estadísticas, con resultados que superan los cálculos más optimistas.

—Más propaganda. Aquí no cuela eso.

Judith lo observó con un poco de rabia.

—¿Es así como opinas, John Nelson?

—Es de la mejor forma que puede uno conservar lo que tiene.

—¿Y prosperar?

—¿Para qué si uno posee ya bastante?

—Pero el mundo exige un constante avanzar. Nadie se puede quedar atrás. ¿Qué dirías tú de un hombre que viviese actualmente con los perjuicios y las supersticiones de la Edad Media? Y suponte que no fuese sólo uno, que fuera un pueblo entero… ¡Sería monstruoso! ¡Leyes, costumbres, privilegios medievales!

—Ellos serían felices.

—¡No todos pensarían igual! Habría muchos, los más capacitados, que no estarían conformes con el anacronismo y sufrirían al ver la incuria, la barbarie, de sus conciudadanos. ¿Y puede llamarse dicha la que se basa en la ignorancia? ¡De esa forma también son dichosos las arañas, los conejos y demás animales! Pero el hombre tiene un cerebro…

Judith dejó de hablar al ver que John la miraba con una sonrisa burlona.

—Continúa, Judith.

—No. No quiero que te diviertas a mi costa.

—Palabra que estás más bonita cuando te excitas, lo cual hubiese jurado era imposible.

—Gracias por el requiebro.

Johnny la sujetó por los brazos.

—¿Vas a enfadarte ahora?

La joven se estremeció al sentirse aprisionada por las férreas manos. Sonrió.

—No. No me enfadaré —murmuró.

—Eso está mejor.

La soltó y siguieron andando.

El camino serpeaba por una pequeña ladera cuajada de pinos.

El sol empezaba a esconderse.

—¿Nos sentamos? —dijo de pronto Johnny.

Judith se maravilló que él hubiese hecho la invitación. Había deseado sentarse, pero no se atrevió a proponerlo. Accedió dejándose caer suavemente sobre la mullida alfombra formada por las agujas secas.

El apoyó la espalda en un tronco y quedó mirando la lejanía.

Transcurrieron muchos minutos.

—¿En qué piensas, John? —preguntó la muchacha, cuando el rojo teñía los montes.

—¡Oh! En nada… Son tonterías…

—Es igual. Quiero saberlas.

—Te vas a reír de mí.

—¿Por qué?

—No sé. Lo que para uno es cosa principal, para otro carece de importancia. La vida es así.

—¿Y si te prometo no reírme?

Nelson vaciló todavía unos segundos.

—Está bien —repuso, al fin—. Pensaba en nosotros dos.

Judith sintió que el corazón aceleraba sus latidos. ¿Por qué? ¡Si llevaba apenas media hora con Johnny! No, no podía ser, y sin embargo…

—¿Nosotros dos? —repitió como en un eco—. ¿En qué, concretamente?

—Pues… es difícil de explicar… Tú acabas de llegar del Este y allí… Bueno, será preferible que me calle…

—Prosigue, Johnny, por favor.

—¡Es absurdo, vive Dios! Un hombre no se puede enamorar de pronto… de un flechazo… Siempre me he reído de las personas que lo han dicho, pero…

—Pero, ¿qué? —susurró la joven, mirando al suelo.

—¡Es inútil que siga, Judith! Tú has recibido una educación, has conocido a hombres con una preparación como la tuya… Yo soy torpe de palabra, no poseo mucha cultura, toda mi vida me he conformado con mi suerte… y ahora maldigo…

—No maldigas, Johnny.

—¿Por qué no he tenido oportunidad de ser como esos hombres con que te has relacionado allá? Así podría quizá esperar que tú…

—¿Esperar, qué?

—Que me correspondieses.

Judith estaba turbada. Todo había sucedido demasiado aprisa. Le parecía vivir sobre una esponjosa nube. Ahora querría decir algo, pero su garganta se negaba a emitir cualquier sonido.

Vio que Johnny se incorporaba, diciendo:

—Comprendo que me he portado como un estúpido, Judith. Perdóname. Prefieres que me vaya, ¿no?

—¡No!

Se extrañó de que aquella exclamación hubiese brotado de sus

labios. Trató de serenar sus nervios y se puso en pie también.

—¿Es cierto, Johnny? —inquirió.

—¿Que te quiero?

—Sí.

Nelson se humedeció los labios.

—Sí, Judith. Tan cierto como que la vida no tendría objetivo para mí si no fueses mi mujer.

La joven se echó a reír sujetándose las sienes con las palmas de las manos.

Johnny sintió un arrebato de ira.

—Te ríes, ¿eh? Debí suponerlo… Habría de haber enviado todo al diablo… Me lo tengo merecido.

—No, Johnny. Si me río es de alegría, de felicidad…

El semblante de Nelson empalideció.

—¿Qué… qué dices, Judith?

—Que soy la mujer más dichosa del mundo.

—Pero…

—Sí, Johnny. A mí no me ha ocurrido eso del flechazo Estaba enamorada de ti desde que tenía catorce años. Luego, la distancia me hizo olvidarte… pero ahora, todo aquello ha surgido más pujante…

Él estaba inmóvil, como si hubiera sido víctima de una súbita parálisis.

—¿No es costumbre que el novio dé un beso a su prometida?

John Nelson, con su larga experiencia amorosa, carraspeó sintiendo un hormigueo en los pies. Dio un paso, abarcó torpemente con el brazo la cintura de la hermosa muchacha y la atrajo hacia sí. Vio unos labios frescos, juveniles, que se acercaban a los suyos y cerró los ojos. Se produjo el contacto. Fue un largo beso, un beso en que sólo ella sintió la emoción del instante.

Judith se separó alborozada, risueña, con el rostro inundado por una alegría candorosa.

—¡Vamos a decírselo a papá en seguida!

Johnny se dejó conducir como en un sueño. La cabeza le daba vueltas. Tenía el corazón encogido. Un agobio creciente le atenazaba el pecho.

Cuando volvió a la realidad, se encontró en una habitación de la casa de Judith. Ésta, moviéndose nerviosa, le decía:

—Siéntate, Johnny. Papá estará arriba. En esa mesita encontrarás cigarros. Es la caja azul…

La joven salió de la habitación cerrando la puerta.

Nelson se dejó caer en un sillón. Necesitaba aclarar sus ideas. No conseguía explicarse la actitud de Judith hacia él. Lo había oído claramente, pero se resistía a creerlo. ¡Enamorada desde los catorce años! Era algo tan absurdo para su imaginación, como admitir que él pudiese querer a una sola mujer toda su vida. Empero… Judith era distinta a las demás mujeres que había conocido. Jamás encontró una que poseyese aquella ingenuidad.

Hizo un alto en sus pensamientos. ¿Qué le ocurría? ¿Es que iba a preocuparse ahora de tales simplezas? Lo que le interesaba era el cumplimentar la voluntad de su difunto tío. ¡Qué fácil había resultado realizar la primera condición! Bien, todas las demás seguirían el mismo camino.

La puerta se abrió y Judith entró cerrando a sus espaldas.

Johnny se incorporó, preguntando:

—¿No está tu padre?

La joven no contestó y entonces él observó que su rostro había cambiado. Estaba serio, completamente serio.

—¿Ocurre algo, Judith?

La hembra mostró un papel en la mano.

—He recibido una carta al salir antes de aquí.

Johnny percibió un tono nada tranquilizador en la voz femenina.

—¿Malas noticias? —inquirió.

—Antes de decidir si lo son, quiero hacerte una pregunta, Johnny.

—Está bien, cuando quieras. Si te refieres a mi vida anterior…

—No se trata de tu vida anterior, Johnny, sino de tu vida en los últimos sesenta minutos.

Nelson sospechó que pisaba terreno resbaladizo.

—La hora mejor de mi existencia —repuso, no con mucho entusiasmo.

Ella preguntó:

—¿Es cierto que tu tío al morir te ha dejado heredero del «Tres Colinas», siempre y cuando cumplas tres condiciones?

El joven tuvo la sensación de que había explotado un barril de

pólvora a escasas yardas de donde se hallaba. Tras un minuto de silencio, contestó:

—Sí, es cierto.

—¿Y que una de esas condiciones es la de que te cases conmigo?

—Sí, pero…

—Entonces, el hombre a quien pegaste es un compinche tuyo.

La voz de Judith era seca, desprovista de emoción.

—Sí.

—Y la escena en la pinada fue una parte de la comedia.

—Te advierto que…

—¡Contesta, sí o no!

—¡Está bien! ¡Sí! Pero has de escucharme…

—¡Ya te he escuchado bastante, John Nelson! ¡Sal ahora mismo de esta casa!

—Judith, yo te ruego…

—¿Qué es lo que quieres que oiga? ¿Otra representación? ¡Ya tengo bastante con una! Me habían dicho lo que eras, pero jamás pensé que llegases a hacer una cosa como la que has hecho.

—Confieso que casi todo ha sido una comedia como tú dices, pero…

—¡Márchate, John! ¡Márchate y no vuelvas jamás!

La joven giró sobre sí y salió corriendo por la puerta emitiendo un sollozo.

Johnny la vio desaparecer sintiendo una pena muy honda en lo más profundo de su ser, una pena que jamás había sentido antes de ahora.

Al dirigirse con paso lento a la salida, descubrió la carta. Se le había caído a Judith cuando se fue. La cogió. Estaba sin firma, pero reconoció la letra de Edmund Sanders. La ira le anegó el corazón desparramándosele por todas las venas del cuerpo.

Salió de la casa. Cerca de la escalera vio que esperaba junto al caballo un *cowboy* del «Tres Colinas». Era un tipo nada simpático llamado Larbi, muy adicto a Sanders. Se le acercó, preguntándole:

—¿Has traído tú una carta para la señorita Niven?

—Sólo contesto a las preguntas de mi patrón, Nelson.

—Y tu patrón es Sanders.

Larbi sonrió.

—Eso creemos todos después de lo que nos ha contado.

—Y estás esperando la respuesta de la señorita Niven…

—Ya le he dicho que sólo respondo al jefe.

—Es igual. ¡Aquí está la contestación para tu patrón!

Johnny lanzó su puño y sobrevino un restallido. Larbi salió despedido dando tumbos por el suelo y quedó inmóvil a una gran distancia de donde había iniciado su vertiginosa carrera.

Luego, Nelson echó a andar con paso rápido, dirigiéndose a la ciudad.

CAPÍTULO III

Johnny penetró en el despacho del juez Cavanangh sin llamar.

El magistrado, que, sentado a la mesa, leía un libro, dio un respingo de sobresalto y al reconocer a su visitante, exclamó:

—¡Por vida de…! ¿Qué forma de entrar es ésa?

El joven, lejos de achicarse, tiró sobre la mesa la carta que había recibido Judith y se puso en jarras, replicando:

—¡Bien, juez! ¡Creo que llegó la hora de que sea dueño del «Tres Colinas»!

Cavanangh enarcó las cejas y observó detenidamente al que hablaba de manera tan jactanciosa.

—Lo debiste tomar mezclado con agua, muchacho.

—No he olido un vaso de alcohol en lo que va de día. ¿Por qué no se molesta en leer esa carta? Ella le explicará mejor que yo el motivo de mi presencia y de la conclusión que le acabo de hacer.

El administrador de justicia de Trinity cogió la carta y la leyó de cabo a rabo sin expresar la menor emoción en el rostro. Finalmente la dejó a un lado, detuvo la mirada en el hombre que se hallaba frente a él y le preguntó:

—¿Y qué?

—¿Pero es que no se ha dado cuenta? Aunque no lleva firma, está escrita por Edmund Sanders. Podemos probarlo fácilmente. Bastará que lo cite nuevamente y le haga escribir cualquier cosa ante su vista.

—¿A dónde quieres ir a parar, hijo?

—¿Y es usted quien lo pregunta? ¿No fue nombrado albacea testamentario por mi tío?

—Exactamente.

—¡Magnífico! Vamos progresando. En el testamento se habla de

«legítimo cumplimiento». Sanders ha echado mano a un recurso amoral con el objeto de que yo no pueda cumplir la condición que se refiere a mi matrimonio con Judith Niven.

Cavanangh tamborileó con los dedos sobre la superficie de madera.

—Johnny, estás en un error.

Chispearon los ojos de Nelson.

—¿Qué error? ¡La cosa está clara!

—No, hijo. Has interpretado mal la última voluntad de tu tío. El «legítimo cumplimiento» se refiere a ti, a los métodos que has de poner en práctica para lograr la realización de las tres obligaciones. De Sanders no se dice nada, simplemente que, transcurridos los seis meses sin que hayas tú logrado los objetivos señalados, él pasará a poseer el «Tres Colina».

—¡Me niego a admitir tal estupidez! En ese caso, Sanders hará todo lo posible para que yo fracase.

—Indudablemente. Pero tu tío no se opuso a ello, o al menos se olvidó de señalar tal prohibición en su testamento.

Las aletas de la nariz de Johnny palpitaron, su mandíbula se endureció.

—¿De qué parte está usted, juez? —inquirió, apretando los dientes.

Cavanangh se incorporó de la silla, fijando las pupilas en las de su interlocutor.

—De parte de la justicia.

—¡No me haga reír!

—¡Escucha esto, Johnny Nelson! Estás tan engreído que crees tener en contra de ti a todo el mundo. ¡Y no es así, por vida de…! —La ira demudó el semblante de Su Señoría—. Aunque sólo llevo unos años en Trinity, eres el ciudadano que mejor conozco… Sé que no has hecho nada en tu vida que valga la pena de recordar… Peleas, puñetazos, tiros, mujeres, *whisky*… ¡Esa es tu especialidad! ¡Pendenciero! No creas que trato de justificar mi actitud respecto a ese testamento, no, pero ya que he sido nombrado su albacea, pienso actuar como tal exigiéndote al pie de la letra su cumplimiento… Y si cuando llegue el plago no lo has realizado… ¡no seré yo quien lo sienta! ¿Y sabes por qué? Porque creo que hasta el presente no has hecho ningún mérito para poseer el mejor

rancho de la comarca. ¡Y ahora, largo de aquí! ¡Ya sabes a qué atenerte!

Johnny abandonó la habitación dando un gran portazo Ya en la calle, se dirigió al «Blue Saloon». Una joven de cabellos de fuego le dirigió un saludo al entrar, sonriéndole, pero él le contestó con un gruñido indicando a las claras que no deseaba su compañía. Acodado en el mostrador, se hallaba el individuo que había importunado a Judith. Al ver a Nelson, hizo una mueca tocándose la barbilla y dijo:

—Si llego a saber que ibas a pegar tan fuerte te hubiese costado un dólar más. ¡Muchacho, creí que me arrancabas la quijada!

Johnny pidió un *whisky* sin replicar a su compañero.

—¿No resultó el truco? —inquirió éste.

—¡No! ¡Y no me preguntes por qué! ¿Entregaste la carta?

—Sí. A estas horas Casey Morgan debe carcajearse de lo lindo.

—¿A quién se la diste?

—A un forajido de su banda. Se llama Lucas y fue en otro tiempo amigo mío. Pero, ¿sigues obstinado en llevar a efecto ese desafío?

—¿Por qué crees que lo hice? ¿Para pasar el rato?

—Pero si lo de la chica salió mal, no necesitas ya arriesgarte.

—Nunca he dejado de cumplir mi palabra. Iré a buscar a Morgan. SI o yo está de sobra en el mando.

—¡No puedes enfrentarte con él, Johnny! ¡Es una locura! Te meterá una bala en el corazón antes de que puedas apretar el gatillo.

—Será emocionante, ¿verdad, Kent?

Kent chasqueó la lengua contrariado por no poder disuadir a su amigo. Éste bebió de un trago el *whisky* y pagó su importe.

—Bueno —dijo, separándose del mostrador—, hasta la vista. He de salir ahora si quiero llegar allá al amanecer.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario —repuso Johnny, volviendo la cabeza—. Si yo lo mato, todo irá bien, y si él es el vencedor, cualquier sitio es decente para descansar por última vez. Gracias de todas formas por tu oferta. Cuídate, Kent.

Minutos más tarde, Johnny cabalgaba hacia Eagle, un diminuto pueblo enclavado en la ladera de la montaña que servía de refugio a

Casey Morgan y su pandilla de forajidos.

Como le había anunciado Kent, la carta en que retaba a Casey, ya estaría en poder de éste. No explicaba en el mensaje el verdadero motivo que le impulsaba a querer enfrentársele. Se había limitado a insultarlo, a llamarlo cobarde, ladrón de corrales y otras lindezas, terminando por decirle que, si era hombre, acudiese a Eagle, donde lo esperaría el día seis a las ocho de la mañana para agujerearle la parte trasera del cuerpo cuando echase a correr empavorecido. Naturalmente, con una carta de tal índole, Casey no faltaría a la cita, aun cuando se dijese una y mil veces el bandido que el firmante, John Nelson, debía de estar tan loco como un cencerro.

Durante el largo camino, tuvo oportunidad de pensar mucho en lo que le había acaecido con Judith Niven. Jamás hubiera supuesto que la joven pudiese estar enamorada de él. En verdad, no la recordaba.

Cuando Judith tenía catorce años, él se hallaba ya muy ocupado en sus cosas para fijarse siquiera en una chiquilla. ¿Cómo sería entonces Judith? Probablemente, como todas las de su edad. Pecosa, con trenzas, los ojos muy abiertos y la lengua charlatana.

El caso era que había arruinado la posibilidad de cumplir la condición de casarse con ella. Mejor dicho, la había arruinado Edmund Sanders. Nunca fue de su agrado el capataz, aunque debía reconocer que tal sentimiento de antipatía era recíproco, y que quizá los dos tenían motivos para medirse con la misma vara.

¿Quién era Sanders? Un hipócrita, un tipo que había sabido granjearse la confianza de Sídney Nelson hasta el punto de convertirse en el verdadero amo del «Tres Colinas». Pero a él no le pudo engañar nunca. Había leído en sus ojos la codicia, la envidia y la ambición. Ahora se arrepentía de no haberse interesado más por los asuntos del rancho. Y tal pensamiento le condujo, mientras cabalgaba, a contestar a la otra pregunta.

¿Quién era él? Había salido calificado en numerosas ocasiones como un inútil. Como un hombre que sólo se preocupaba de hacer su capricho, que entendía la vida como una continua francachela de la que había de sacar el mejor partido posible.

El juez se lo acababa de repetir en su despacho, y mal que le pesase, su silencio, su marcha precipitada, obedeció al hecho de que en aquel Instante comprendió que Cavanangh tenía razón No, no

existía apelación contra, aquel inexorable fallo.

Un pendenciero. Eso era él. Lo fue desde muy pequeño. Por un quítame allá esas pajas, se enzarzaba con sus compañeros de juegos infantiles. Y luego, al correr del tiempo, continuó empleando sus puños a un ritmo creciente. Las peleas en que intervenía se fueron haciendo cada vez más cortas Sus bíceps encerraban la fuerza de la dinamita. Un impacto de sus nudillos equivalía a un trallazo de consecuencias funestas para el contrincante de turno. El fuera de combate irremisible.

¿Y por qué peleaba? La mayoría de las veces por una mujer, otras por unas palabras y las menos, por algo que valiese la pena.

Con sorpresa se daba cuenta de que estaba haciendo un balance de su vida. Nunca se le había ocurrido antes de ahora. Y tal balance arrojaba un saldo deleznable Mucho en el debe. Muy poca cosa en el haber. Cierto día salvó a un chiquillo de perecer ahogado. ¿Y qué más?

Su tío le había estado pasando unos cuantos dólares al mes para sus gastos personales, a pesar de que su papel en el rancho se limitó casi siempre a ver cómo trabajaban los demás. La cantidad era en verdad reducida, pero él se encargaba de hacerla crecer en las partidas de póker a que concurría habitualmente en el «Blue Saloon».

¡Santo cielo! ¡Y tenía veintiocho años! ¿Qué es lo que había hecho de su existencia?

A medianoche se detuvo en el lindero de un bosquecillo, a la orilla de un riachuelo, y se tendió sobre la fresca hierba cavilando sobre pensamientos que cruzaban por primera vez por su mente.

Poco antes del amanecer reemprendió el camino.

No había dormido, pero se encontraba fresco, seguro de sí mismo, hasta alegre, porque le alentaba en el pecho la esperanza de que aun tuviese tiempo de rectificar una vida desordenada, sin principio ni fin.

El humo que se elevaba al cielo frente a él le anunció que se hallaba próximo a Eagle. Era éste un pueblecito de agricultores que cultivaban las laderas por entre las que corría un río que tenía su fuente en lo alto de la montaña. Constaba solamente de veinte casas, en una de las cuales se expendían bebidas alcohólicas, amén de los utensilios y provisiones necesarios para el mantenimiento

regular de la pequeña comunidad.

Johnny conocía bien el lugar, ya que, encontrándose a media jornada de Trinity, lo había frecuentado en sus correrías por la comarca.

Aunque Casey Morgan no utilizaba a Eagle como residencia, era el punto más cercano a las cuevas donde se escondía, por lo que el poblado venía a ser la capital oficiosa de su feudo.

Nelson supuso que lo estarían vigilando mientras se acercaba. Morgan habría distribuido centinelas por el contorno, al objeto de cerciorarse de que venía solo, puesto que estaba dentro de lo posible que la carta hubiese sido parte de la estratagema de cualquier *sheriff* ansioso de convertirse en figura famosa del Estado de Tejas.

Llegó ante el almacén y bar de Elías Flan, sin que viese por rincón alguno siquiera el cañón de un revólver.

Entró en el establecimiento, observando que Elías se hallaba solo, colocando un saco de mató junto a una pared.

—Buenos días —saludó, dirigiéndose al corto mostrador tras el que el dueño servía un *whisky* detestable de fabricación casera.

Elías, de sesenta años, cabello completamente blanco, andar encorvado, miró al recién llegado por encima de sus anteojos, diciendo:

—Llega usted muy pronto. No son más que las siete y media.

—Tengo prisa. ¿Sabe, acaso, que ha de venir alguien más?

—No. —Elías se pellizcó la barbilla, añadiendo—: Quiero decir que no vendrá el que usted espera.

Johnny frunció el ceño.

—¿Casey Morgan?

—El mismo, muchacho. No lo verá.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo él?

—Se dejó caer por mi casa a medianoche. Yo es taba durmiendo y por poco me echa la puerta abajo. Me dijo que vendría usted y que le entregase la respuesta a su carta La debo tener por aquí.

Se miró los bolsillos de la camisa con resultado infructuoso e hizo una pausa mirando al techo, tratando de recordar el lugar en que había metido lo que buscaba, con la consiguiente desesperación de Johnny. Finalmente, lanzó una interjección y echó mano a sus posaderas, sacando un papel del bolsillo de atrás.

El joven cogió la carta y la leyó ávidamente Decía así:

«Mi querido señor Nelson:

»Recibí su mensaje, y como podrá suponer, juré convertirlo en un colador en cuanto diesen las ocho de la mañana y tuviese la desfachatez de aparecer, como aseguraba, por Eagle. Preparé el “45” de mi funda derecha, pues era el que pensaba utilizar. Pero cuando me disponía a acostarme para estar en condiciones, recibí la visita de un hombre, un tal Sanders, que me hizo una extraña oferta. Cinco mil dólares por no acudir a la cita de usted y por largarme de la comarca durante un plazo de seis meses. Yo le pregunté por qué lo quería a usted tanto y me contestó que lo odiaba y por ello me hacía semejante proposición. Tenía fe en que yo lo tumbaría a usted, pero no deseaba correr riesgo alguno, puesto que usted es un buen tirador, y lo que le importaba era mi vida, no la de John Nelson. En fin, que me reí mucho, y, naturalmente, acepté los cinco mil y las obligaciones que se me imponían como contrapartida. El motivo fundamental de mi decisión obedece a que dentro de seis meses podré buscarlo a usted y cargármelo. Disfrute lo que pueda este medio año porque luego, en el ataúd, no se podrá mover. Hasta entonces se despida de usted, afectuosamente,

»*Casey Morgan*».

Johnny, terminada la lectura, soltó una imprecación arrugando el papel.

¡Sanders otra vez! ¡Y de nuevo impedía con su baja astucia, con sus sucios métodos, el que cumpliese o intentase cumplir, una de las condiciones del testamento!

¿Qué podía hacer?

—¿Sabe hacia dónde se ha dirigido Morgan? —preguntó con

ansiedad a Elías.

—No. Sólo me dijo que se tomaría unas vacaciones lejos de aquí.

Nelson rompió en pedazos la carta.

Poco después, volvía a montar en la silla y salía de Eagle.

CAPÍTULO IV

Patrick Touge, de cuarenta y cinco años de edad, alto, rostro de luchador, brazos largos, embutido en un traje impecable, dio la vuelta a la refulgente mesa de despacho tras la que había estado sentado, saliendo al encuentro de su visitante.

—¡Caramba! ¡John Nelson en Houston! —declaró, al tiempo que tendía su mano—. Eso no se ve todos los días ¿Cómo estás, Johnny? Siento lo de tu tío. Gran amigo mío.

El joven aguantó el chaparrón cambiando un saludo.

—Ya me ves, Patrick. De negocios.

Touge lanzó un silbido y sonrió.

—¿De negocios? ¿Desde cuándo?

—Verás, es un poco largo de contar.

—Entonces estaremos mejor sentados y fumando.

Patrick le ofreció cigarros de una caja. Se sentaron y encendieron.

—Bueno, Johnny, puedes empezar.

—Supongo que sigues siendo presidente ejecutivo del ramal del ferrocarril que se está tendiendo entre Palestine y Houston…

—Sí, claro. Entre otros cargos, ocupo ése. Aunque, si he de decirte la verdad, de todo lo relacionado con ello se encarga uno de mis secretarios. Yo sólo me entero de cómo van las cosas poco antes de celebrarse un consejo de administración. —Touge sonrió—. Ya sabes lo que es tener en la cabeza mil asuntos diversos.

—Lo comprendo, pero para mi caso es lo mismo.

—¿Cuál es tu caso?

—Se trata de lo siguiente: el ramal va a pasar por Groveton.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. No me irás a decir que te dedicas a especular sobre terrenos.

—No, pero desearía que ese ferrocarril, en lugar de pasar por Groveton, pasase por Trinity.

Se hizo un silencio.

El financiero entrecerró los ojos quitándose el cigarro de la boca.

—¿Que pase por Trinity?

—Eso es.

Touge soltó una carcajada.

—¿Estás de broma, Johnny?

—En mi vida he hablado más en serio.

—¡Pero es absurdo!

—¿Por qué? Me he informado bien. El ferrocarril es más necesario en Trinity que en Groveton. No sé ni cómo habéis podido dudar en la elección Groveton es una llanura sin fin. Allí se crían unas treinta mil reses. Trinity cuenta con más de cien mil cabezas y es centro de una región industrial y agrícola. Por si no fueran bastante esos argumentos, existe otro muy interesante. Trinity se halla más en línea entre Palestine y Houston. Para pasar por Groveton tendréis que hacer una pronunciada curva. Como ves, hay razones económicas, sociales y geográficas. La compañía que coloca el tendido, tu compañía, hará un buen negocio si rectifica el plan, haciendo pasar el ramal por Trinity.

Patrick, que había escuchado en silencio, dio una larga chupada al cigarro y después de arrojar el humo por la boca, dijo sonriendo:

—Siento decirte que no enfocas en su justa medida la cuestión, Johnny.

—¿Qué medida? Cree que he tocado todos los puntos.

—El futuro.

Nelson arrugó el entrecejo.

—¿El futuro? ¿De quién?

—De Groveton, del ferrocarril que pasará por allí.

—No te entiendo, Patrick. Ya te he dicho que Trinity…

—Lo sé. Trinity tiene cien mil reses y algunas instalaciones industriales, así como campos de cultivo Pero los planes de tendido de ferrocarril se hacen teniendo en cuenta más el futuro que el presente. No se puede tender una línea sobre la sola base de que los primeros años de funcionamiento pueda rendir, si existen previsiones de que al cabo de una década sobrevendrá una crisis.

—¿Quieres sugerir que Groveton tendrá más porvenir que

Trinity? ¡Eso es inverosímil que pueda ser sostenido por alguien!

—Nosotros tenemos nuestros técnicos, nuestros peritos… Si se ha decidido que el ferrocarril pase per Groveton es porque ellos, tras una serie de estudios y análisis concienzudos, han llegado a la conclusión de que la línea responderá financieramente.

Johnny aplastó el cigarro contra un cenicero.

—Permíteme que dude de la capacidad de *esos* técnicos, Patrick.

—Lamento que lo tomes así. Pero debieras tener en cuenta que nuestra compañía no es una sociedad filantrópica. Está constituida por accionistas que han invertido su dinero, y, por tanto, con derecho a unos beneficios. Las posibilidades de realizar un tendido que ocasione pérdidas son casi nulas, precisamente por el fin de lucro que se persigne, entre otros, claro.

Nelson estaba impaciente.

—¿Entonces…? —inquirió.

—No puedo hacer nada. Además de todo lo dicho, y aunque, repito, no conozco ahora los detalles de la operación, ese ramal por Groveton está aprobado y con los bonos emitidos.

—¿Bonos? ¿No dices que el ferrocarril lo financia la compañía?

—Una pequeña parte es pagada por los ciudadanos de Groveton y su comarca.

—¿Por qué?

Touge sonrió por enésima vez.

—¿Ves como no estás al corriente de esta clase de negocios? Se trata de la honrilla local. Casi siempre ocurre que los vecinos del pueblo por el que pasa el ferrocarril quieren mantener la ilusión de que es algo suyo y abonan una mínima parte de los gastos.

Johnny asintió con la cabeza e se incorporó del sillón.

—Gracias por tus informes, Patrick. ¡Ah! Supongo que no habrás recibido una carta de un tal Sanders…

—¿Sanders? ¿Quién es?

—Un tipo que está interesado en los mismos negocios que yo.

—No, no he recibido nada.

Fueron hasta la puerta y allí, Patrick le ofreció nuevamente la mano, diciendo:

—Ya sabes que me tienes a tu disposición, como siempre, Johnny. Gran hombre Sídney Nelson. He lamentado mucho su muerte.

Ya en la calle, echó a caminar por la acera pensativamente.

Estaba derrotado Esa era la realidad. Sus gestiones, sus intentos terminaban con el fracaso más absoluto. Ni una sola de las condiciones impuestas por su tío, para tener acceso a la herencia, le había sido posible cumplir. Y lo que era más desmoralizador… Había de admitir que en aquel instante no existía la menor probabilidad a su favor de que lo consiguiese en los cinco meses y medio que faltaban para que expirase el plazo establecido.

¿Qué camino tomar? ¿Regresar a Trinity? ¿Para qué? ¿Para ver cómo Edmund Sanders tomaba posesión del «Tres Colinas»? ¿Para contemplar su sonrisa triunfante? No, no lo podría soportar. Tendría que matarlo.

Después de todo, el juez estaba en lo cierto. Sídney Nelson no había prohibido a Sanders que dificultase o impidiese el cumplimiento de las condiciones ¿No habría hecho él lo mismo en su lugar?

De acuerdo. No volvería a Trinity. La tierra era muy grande. Podría empezar una nueva vida en cualquier lugar.

Con ánimo resuelto, se dirigió al hotel donde se hospedaba, canceló su cuenta, sacó su cabalgadura de la cuadra y salió de Houston encaminándose al Oeste.

Cada milla que avanzaba se decía que la distancia entre él y Trinity había aumentado. ¿Trinity solamente? También existía una distancia entre él y Judith Niven ¿O mejor un abismo? Soltó una imprecación por pensar en tales ideas. Debía arrojarlas cuanto antes de su imaginación, Allí donde fuese, el pasado sería una carga, un exceso de equipaje. Haría bien en desembarazarse de tal peso cuanto antes.

El tiempo fue pasando.

Un día, otro día. Un pueblo, otro pueblo Siempre hacia el Oeste. Llanuras sin fin. Tierra roja, sedienta. Horizontes eternos. Cielo azul, límpido, sin una sola nube.

Y el destino, implacable, marcando la ruta de los hombres.

Fue al atardecer del décimo sexto día en que abandonó Houston. Llevaba horas cabalgando sobre un suelo inhóspito, desértico, en el que sólo crecían los cactus. Algunas veces, enormes lagartos se movían entre piedras calcinadas, como si quisiesen demostrar que en todo lugar existe el misterio de la vida.

Había acabado la última gota de agua de su cantimplora, Tenía los labios resecos, cortados, y le parecía que la lengua era un trozo de cuero.

Se había perdido. Teniendo en cuenta las instrucciones que últimamente recibió, ya debía haber llegado a Vernon Pero no veía la menor señal de habitabilidad allá donde abarcaba su vista.

Dos cuervos volaban arriba, sobre su cabeza. Negros como la muerte.

Se detuvo para descender del caballo. El animal se encontraba en tan pésimas condiciones como él. La boca espumeante y los flancos bañados en sudor. Le palmeó afectuosamente en el cuello y echaron a andar juntos, como dos viejos camaradas.

El sol descendió, pareció columpiarse unos instantes en la línea en que se unían tierra y cielo y después, como si lo hubieran rajado con un puñal, se sumergió en un baño de sangre, chapoteando, mojando de rojo la llanura.

De pronto, Johnny vio a su derecha un relieve que rompía la monotonía de la ardiente meseta.

Dio un grito de júbilo y su potro relinchó de una forma que conocía bien. Quería decir que olfateaba agua, Le exigió un esfuerzo más y volvió a montarlo. El alazán, comprendiendo lo que de él esperaba su dueño, emprendió un galope exhalante.

Al llegar a la pequeña cima, John vio que detrás de ella había un gran embudo enriscado Abajo distinguió el brillo del agua y las copas de unos árboles.

Comenzó a descender por la empinada pendiente, sorteando rocas, y de súbito, el gran silencio fue flagelado por un estampido. El proyectil picoteó en una piedra, a dos yardas de la grupa.

Johnny se detuvo corriendo la mano a la funda.

Entonces, antes de que pudiera tocar el revólver, una voz le gritó desde alguna parte:

—¡No haga eso o tendrá aquí su tumba!

CAPÍTULO V

Nelson obedeció, quedándose quieto.

—¡Levante las manos! —repitió la voz.

Alzó los brazos e inmediatamente un hombre salió por detrás de una roca. Frisaría en los sesenta años y su cabeza apenas tenía media docena de cabellos blancos. Sus ojos poseían un brillo extraordinario. Pero lo más curioso del sujeto en cuestión era su indumentaria. Unos calzones cortos que dejaban al descubierto la pierna desde tres pulgadas más arriba de la rodilla, y una camiseta que mostraba las extremidades superiores también al desnudo.

—¡Dé la vuelta y pique espuelas! —ordenó de nuevo el extraño hombre.

Johnny pensó si se las tendría que ver con un loco. Sopesó un instante su situación. Si se marchaba, no llegaría muy lejos, ya que él y el caballo se encontraban en el límite de su resistencia.

—Me he perdido —contestó— y no me queda una gota de agua. Déjenos beber a mí y a mi potro y nos iremos sin molestarle más.

El viejo observó el rostro del joven como si pretendiese descubrir algo que no decían sus palabras. Al fin, repuso:

—Está bien, pero deje caer su cinturón al suelo.

Johnny se despojó de las armas y a una señal del otro, continuó el descenso.

Abajo, la sorpresa del joven llegó a su punto culminante. Descubrió un gran trozo de terreno labrado. Allí había maíz, hortalizas, árboles frutales, en fin, todo cuanto un hombre podía necesitar para vivir.

Él y su potro saciaron la sed bajo la mirada vigilante del viejo. Luego Nelson llenó de agua la cantimplora. Mientras la colgaba del cuadrúpedo, preguntó:

—¿Me puede decir si estoy cerca de Vernon?

—Vernon se halla a sesenta millas de este punto.

Johnny dio un respingo mirando a su informante. Nunca había supuesto que se hubiese alejado tanto de su ruta. Se rascó el cogote y dijo:

—La he hecho buena. ¿No hay otro lugar más cercano?

—No. Vernon es el más próximo.

—Entonces nos toca dar un buen paseo. Será mejor que me marche ya.

Al coger al caballo de las bridas, el viejo dijo:

—Puede quedarse si quiere unas cuantas horas.

Por esta parte se cabalga mejor a la medianoche… Le daré de comer.

Se apresuró a aceptar la invitación teniendo en cuenta que luego habría de tragarse las sesenta millas.

El viejo enfundó el revólver y le volvió la espalda dirigiéndose a una cabaña que se alzaba al lado del maizal.

Johnny vio que el arroyo nacía un poco más arriba, entre dos grandes rocas. Siguió con la mirada el curso del agua observando que iba a parar a un pequeño lago situado a un cuarto de milla de allí. Se trataba, pues, de un auténtico circo rodeado de rocas, un capricho de la naturaleza en aquel desierto.

Dejó suelto al caballo y dio unos pasos por la hierba de la orilla. Su anfitrión se asomó por la puerta de la cabaña, para decirle:

—No intente ir en busca de sus armas.

Y volvió a esconderse sin esperar una respuesta del asombrado joven, quien, en vista de la desconfianza del viejo, optó por sentarse en el suelo y esperar a que la cena estuviese dispuesta.

A los quince minutos, cuando la obscuridad era muy grande, reapareció el de los calzones cortos y lo invitó a que pasase a la cabaña.

John examinó con curiosidad la vivienda. Todos los objetos que había entre las cuatro paredes eran en extremo rústicos, y se notaba habían sido hechos por una persona con escasos conocimientos de carpintería.

—Soy vegetariano, ¿sabe? —Oyó que le decía su interlocutor—. Aquí no hay carne.

—No se preocupe. Me conformaré con lo que tenga. —Miró la

fuente que había sobre la mesa y añadió—: Buen aspecto el de ese cocido de verduras.

Se sentaron y comieron con cucharas de madera. El pan era de maíz. De postre tuvieron albaricoques al terminar, el viejo apuntó:

—Es una comida saludable. Da vigor y alarga la vida.

Johnny sacó una bolsa de tabaco y papel y liaron cigarrillos. Después de encender, se prolongó un rato el silencio.

—¿Se quedará en Vernon? —preguntó de pronto el dueño del oasis.

—No. Sólo es una etapa de mi viaje.

—¿A dónde se dirige?

Nelson se encogió de hombros.

—A ningún lugar concreto. Quizá encuentre algún día uno que me guste.

—Bueno. De todas formas, le voy a pedir un favor… Usted no ha estado aquí, no ha visto nada. —Y como el joven enarcara las cejas, sonrió por primera vez, explicando—: No soy un fugitivo de la justicia. Se trata de que viva muy tranquilo y no quiero que nadie me moleste, cosa que ocurriría si se divulgase la existencia de este refugio.

—¿Quiere decir que nadie lo conoce?

—Nadie, excepto yo… y ahora usted La justificación es sencilla, está muy apartado del camino de Vernon. A ningún viajero se le ocurriría internarse en este desierto. A mí mismo, para descubrirlo, me tuvo que ocurrir lo que a usted, extraviarme.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Lo mismo pueden ser cinco que ocho años. Para mí no cuenta eso.

Nelson se sintió maravillado por las declaraciones del anacoreta.

—¿Y no siente curiosidad por lo que haya podido ocurrir en el mundo, entretanto?

—¡Bah! ¿Para qué? He vivido muchos años en ese mundo. Lo he visto todo. Cuando llegué aquí, no dejaba a nadie detrás que se preocupase de mí. El quedarme fue igual que morirme para el resto de la Humanidad, solamente que a partir de entonces lo que yo sentí en realidad equivalió a una resurrección. Solamente abandoné unos días el Edén… Bueno, yo lo bauticé así. Fui a Vernon para invertir hasta mi último centavo en los útiles que más necesitaría…

Ahora pensaba ir allí a vender la fruta, pues se me estropearon las últimas prendas de vestir y he de comprar algunas.

—¿No tiene familia?

—No. —El semblante del viejo hizo un gesto que no pasó desapercibido para John.

Se hizo un silencio. Al cabo de un rato, el solitario se levantó y abrió la puerta mirando a la noche. Sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Puedo contar con su discreción?

Nelson contestó transcurrido un minuto.

—Yo le haré una petición más interesante.

—¿Más interesante? —retrucó el viejo, mirándolo ahora.

—Para que la existencia del Edén continúe siendo un secreto.

—Sigo sin comprenderlo.

—Déjeme vivir aquí.

El exilado frunció el entrecejo.

—¿Quiere quedarse? ¿Está en su sano juicio?

—¿Lo estaba usted cuando decidió pasar sus últimos días en este embudo?

—Lo mío era distinto. Yo ya era un viejo. Usted está en plena juventud.

—Puedo tener las mismas o aun más poderosas razones que usted para romper con el mundo. Y también le advierto que no soy un fugitivo.

Hubo otra pausa.

—Me parece que accederé a su deseo, aun cuando sé que dentro de algún tiempo se cansará de esta soledad.

—Pierda cuidado —sonrió Nelson—. No hay nada que me impida cumplir aquí los noventa años… si vivo para entonces.

El viejo se acercó a la mesa sonriendo, al tiempo que tendía la mano.

—Mi nombre es Grant Taylor. Bienvenido al Edén.

—El mío John Nelson. Johnny para usted, a partir de ahora.

—Naturalmente, no le preguntaré sobre *esas* razones que han impulsado su resolución.

—Gracias. ¿Qué le parece si realizo yo ese viaje a Vernon? No necesita vender nada. Tengo algún dinero y lo mismo que a usted, ya no me hará falta.

—De acuerdo. En realidad, lo he ido aplazando porque me

costaba mucho trabajo hacerme el ánimo de volver a establecer contacto con la civilización… ¿Cuánto dinero tiene?

—Alrededor de cien dólares.

—Haré una lista de lo que he notado más a faltar en estos años de experiencia. Aún me queda papel y una punta de lápiz… Mientras la hago, vaya usted a echar un vistazo al cielo. No habrá contemplado jamás uno igual. Yo no me lo pierdo ninguna noche.

Johnny salió al exterior levantando la mirada al firmamento.

Millones de estrellas refulgían como brillantes sobre un pedazo de terciopelo negro.

Respiró con fruición, hinchando los pulmones para recibir en ellos el aire fresco que venía del desierto, y al cabo de un rato, se sintió reconfortado de cuerpo y alma.

* * *

La vida transcurría plácidamente en el Edén. Nelson hubo de convenir en que allí se perdía la noción del tiempo. ¿Cuánto había transcurrido desde su llegada? Ésta era la pregunta que se hacía una mañana, sentado en lo alto de un risco, teniendo abajo el maravilloso oasis.

¿Dos meses? ¿Tres? No sabría contestar a ciencia cierta. No le importaba. Jamás en ninguna ocasión anterior se encontró mejor. Al quedarse allí se había propuesto olvidar el mundo y tal objetivo estaba conseguido. No podía por menos de sonreírse al recordar que cuando encontró a Grant Taylor, su mente se preocupaba de problemas que ahora sólo arrancaban una sonrisa de sus labios. La herencia de su tío, las condiciones para adquirirla, las gestiones que hubo de hacer con el fin de cumplirlas, su fracaso… Todo había sido relegado. La serenidad, la quietud, la paz de aquel rincón desconocido del planeta, le hizo ver la vida de otra forma. Y ello provocó en su ánimo un arrepentimiento. El que se refería a la conducta seguida durante tantos años y que sólo unas circunstancias extrañas había hecho cambiar. Se creyó siempre un hombre porque imponía la fuerza de sus puños o la puntería de su revólver, pero lo más cierto era que en tales ocasiones se asemejó más a un ser sin corazón, egoísta y calculador. Y ahora se había encontrado a sí mismo.

—¡Eh, Johnny! —interrumpió sus pensamientos la voz de

Taylor.

Lo vio al fondo, chiquito, cerca del maizal. Vestía los zahones parduzcos y la camisa verde que le había comprado cuando fue a Vernon.

—¿Qué hay, Grant? —gritó.

Su compañero se puso las manos junto a la boca, formando bocina.

—¡Tienes que hacer la comida!

Nelson esbozó una sonrisa. Había demostrado ser mejor cocinero que Grant y éste le cedía tal cometido siempre que podía.

—¡Suba y echaremos una parrafada!

Grant pareció dudar, pero al fin se movió hacia las rocas.

John dejó de mirarlo deteniendo sus ojos en un punto del horizonte. Siguiendo siempre el camino recto se llegaría por allí a Trinity. No sentía nostalgia. Era algo distinto. Casi todos los días subía a aquel observatorio y pasaba horas enteras con la mirada fija en el mismo sitio.

De pronto, oyó un alarido, al que siguió el ruido de un cuerpo al golpear las rocas. Sobrecogióse.

Se puso en pie de un salto mirando abajo.

—¡Grant! —llamó.

Sólo le contestó el silbido que producía el viento al rozar las aristas de los riscos.

—¡Grant! —repitió más fuerte—. ¿Me oye?

No alcanzaba a verlo.

Al no recibir tampoco respuesta, empezó a descender rápidamente, saltando de roca en roca, mientras un nudo de angustia se le formaba en el pecho.

Lo descubrió en el suelo pedregoso. Estaba boca arriba, con la cara bañada en sangre, sin sentido. Acudió a su lado. Tenía una grieta en la cabeza, junto a la sien derecha, y diversas escoriaciones en el rostro.

—¡Grant! —murmuró, apretando los dientes en tanto le secaba la sangre con el pañuelo.

Después se lo anudó a la frente, taponando la herida.

El viejo abrió los párpados. Al ver a Nelson, sonrió débilmente.

—Es la suerte, compañero… —dijo, con voz opaca.

—He sido yo. Debí tener en cuenta… —no terminó la frase.

—Que soy un anciano, ¿no? ¡Si he subido muchas veces ahí arriba! Pero fue al principio cuando me gustaba mirar el camino por donde había venido… Luego, poco a poco, fui perdiendo la costumbre.

El joven bajó la cabeza, apesadumbrado.

—No te inquietes, Johnny. Lo has hecho todo bien.

Nelson alzó la mirada, diciendo:

—Relaje el cuerpo. Lo voy a llevar a la cabaña.

—Eso no puede ser, muchacho.

—¿Por qué?

—Tengo partida la columna vertebral.

El semblante de Nelson se horrorizó.

—No es posible, Grant.

—Yo era un viejo árbol, compañero. Un golpe en buen sitio… y se ha quebrado.

—Lo transportaré solícito. He de buscar un médico.

—¿En dónde? ¿En Vernon? Llegaría demasiado tarde. Estoy listo, Johnny. Es el final de mi historia.

—¡Pero ha de haber un remedio!

—Cuando vivas lo que yo, sabrás que todo se recibe con resignación.

Hubo un silencio. Nelson veía cómo minuto a minuto la cara de Grant se iba tornando más pálida.

—He de hablarte, Johnny.

—¿Sobre qué?

—Acerca del Edén y de ti.

—No tiene que decirme nada. Si usted muere, yo sabré conservar su obra.

—No, Johnny. Tú te irás.

—¿Irme? Le prometo que no.

—Te he estado observando desde que llegaste. Siempre me he dicho que algún día volverías al sitio de donde viniste.

—Antes sería capaz de marcharme a otro continente.

—Quizá pienses eso, pero tu deseo es otro. Regresar para comenzar una nueva vida.

—¿Una nueva vida? ¿Qué sabe usted?

—Mis ojos son los de un viejo, Johnny. Y también mi corazón. Por eso he intuido lo que tú no me has confesado.

Nelson sintió que la mirada del moribundo le taladraba el alma.

—¿Qué sabe usted, Grant?

—Ya te he dicho que son suposiciones… y me queda poca cuerda. Quisiera que tú mismo me contases tu parte para ver si he acertado.

Johnny se humedeció los labios y a continuación hizo un sucinto relato de su vida anterior, de lo que su tío había dispuesto en el testamento, del nulo éxito de sus intentos por realizar las condiciones que se le exigían y finalmente, de su voluntario destierro de Trinity.

Grant fue a hablar y su boca se torció en una mueca de dolor. El joven se percató entonces de que su bienhechor debía de tener también una lesión interna.

—Gracias, compañero —murmuró— por tu confianza. Comprendo que quieras volver.

—¡Si no lo deseo! —protestó de nuevo John.

—Tienes que hacerlo. Has de demostrar a todos que eres otro John Nelson, distinto al que ellos conocieron.

—¡Pero si no puedo cumplir lo que estableció mi tío! ¿Quiere que me enfrente con Judith, con Sanders… con todo lo que estoy a punto de olvidar?

—Muchacho, hay algo que no has tenido en cuenta.

—¿De qué se trata?

—Tu tío tenía confianza en ti, a pesar de los malos ratos que te haya proporcionado. Lo demuestran sus condiciones.

—¿Usted cree? —inquirió John, escéptico.

—Obsérvalas. Te impuso que te casases con Judith. De acuerdo con tus impresiones, ¿no es la mejor mujer que para esposa puedas encontrar en Trinity?

—Sí, es cierto.

—Respecto a lo del ferrocarril, ¿no has comprobado que conviene más pase por tu ciudad que por la otra? Por tanto, Sídney Nelson ha pretendido que tú hagas rectificar lo que se ha hecho mal. Y apuesto a que en todo eso hay algo que huele a podrido. Y en cuanto a Casey Morgan, es un forajido que según me has dicho tiene en vilo la comarca.

Hubo una pausa.

—¿Te percatas de eso, muchacho? —siguió diciendo Grant,

aunque cada vez le costaba más trabajo hablar—. Estoy seguro de que tu tío murió con la firme convicción de que podrías cumplir sus condiciones y de paso, convertirte en un hombre de verdad.

—Pero… puede que queden poco más de dos meses para que acabe el plazo.

—Tendrás tiempo suficiente si te lo propones… ¡Has de volver, Johnny! Tu Edén no es éste.

—¡Para usted lo fue!

—Yo era un hombre acabado, hijo. Iba rodando de un sitio a otro. ¿No lo ves como es mi tumba? Lo elegí bien. De eso se trata fundamentalmente en la vida. De elegir con acierto. Tienes una misión que cumplir. Si no lo hicieses… serías un cobarde.

Una espuma sanguinolenta apareció en los labios del moribundo, al tiempo que un estremecimiento le sacudió de la cabeza a los pies.

—¡Grant! —exclamó Johnny.

El viejo lo miró respirando entrecortadamente.

—¿Irás a Trinity, compañero?

—Iré.

—¿Es una promesa?

—Lo es, Grant.

Una sonrisa inundó el rostro del buen hombre. Y con aquella sonrisa, murió.

Nelson estuvo un rato contemplándolo. Una extraña sensación le embargaba. Era como si acabase de marcharse de su lado el padre que no había conocido.

Cavó la sepultura cerca del arroyuelo, pensando que tendría cerca el murmullo de las aguas, y todas las noches, por techo, aquel cielo con sus estrellas de plata.

Capítulo VI

Harry Curtis se apartó del cercado que acababa de arreglar y se puso en jarras observando con satisfacción su obra. Harry frisaba en los cuarenta y cinco años y hacía tan sólo tres que había llegado junto con su esposa a aquella región. Compraron unos acres de tierra y edificaron un pequeño rancho. Con mucho trabajo y no pocos sacrificios había conseguido reunir trescientas reses. Lo demás se daría con añadidura, como señalaba la Santa Biblia.

Terminado el examen, sacó su pipa y llenó la cazoleta de tabaco. Encendió aspirando varias veces. Cuando levantó la mirada, al tiempo que arrojaba el humo por la boca, vio que cabalgaba hacia él, al otro lado de la cerca, un desconocido, Este se detuvo junto a los alambres y se tocó el ala del sombrero, saludándole:

—Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes, forastero. ¿Se le ofrece algo?

—He estado echando una ojeada a su terreno. No es malo.

—Pero no está en venta.

—Bueno, yo creo que debe esperar a oír mi oferta —sonrió el recién llegado—. ¿No le parece?

Curtis miró con más interés a su interlocutor. Era joven, todavía no habría llegado a la treintena.

—Si ése es su gusto, hágala. Pero le advierto que pierde el tiempo.

—Sé que usted pagó nueve mil dólares por esta tierra, señor Curtis.

—Ahora veo que su interés es cierto. Ha acudido a Smith para informarse, ¿no?

—Sí. Smith es un buen agente de bienes raíces, el mejor de Groveton. Sabe sacar cinco por algo que sólo vale uno.

—¿Quiere decir que me engañó?

El forastero esbozó una nueva sonrisa.

—Smith vendió el terreno que linda con el suyo al Oeste.

—Lo sé. El comprador fue Brian Austin.

—¿Sabe lo que pagó por él?

—Brian me dijo que lo mismo que yo.

—Es un cuento. Desembolsó únicamente seis mil quinientos.

—¿También se lo dijo Smith a usted? —inquirió Harry, receloso.

—Le pagué una botella de *whisky*. Todo hombre tiene mi límite. El de Smith es de seis copas. Luego abrió la espita y me obsequió con los secretos del negocio. Con un vaso más, me hubiese contado su noche de bodas. Tenía que haberlo visto usted…

El rostro de Curtis adquirió un gesto duro.

—Fue muy listo ese maldito Smith, ¿verdad?

—Parece que sí.

—Y también lo fue Brian pagando el verdadero valor de su terreno. Y usted tampoco parece un labriego… Todos ustedes son muy inteligentes… ¡Y yo soy él idiota de la historia!…

—En su lugar no lo tomaría tan a pecho.

Harry lanzó de pronto una carcajada.

El jinete frunció el ceño.

—¿Qué le ocurre, señor Curtis? Espero que no le haya molestado Mi intención…

—¡Claro que no, genio! ¿No ve que me río? Yo soy el imbécil, ¿verdad? ¡Bien! Pero ni usted, ni Brian, ni Smith saben una cosa…

—No sé a qué se refiere.

—¡Naturalmente que no lo puede saber!… ¡Y se lo voy a decir sin esperar esa oferta suya!… ¡No le vendería mi rancho ni por el doble que me costó!

—Eso es una cabezonada, señor Curtis. Hay que dejar aparte el corazón cuando se habla de negocios.

Harry rió más fuerte.

—No tiene ni la más ligera idea de por qué no vendo, forastero.

El joven meneó la cabeza en sentido negativo.

—¡Porque dentro de un par de meses me darán el quíntuplo! —exclamó Curtis con voz triunfal.

—¿Acaso ha encontrado oro? —inquirió el otro, con ironía.

—¡Como si fuera eso! —dijo Harry, creyendo que lo tomaba por

loco—. ¡El ferrocarril de Groveton a Houston pasará por mi rancho!…

—¡No! —exclamó el *cowboy*, estupefacto.

—Créaselo o no, es así. Nadie lo sabe excepto yo y… alguien de la Compañía que hace el tendido.

Sobrevino un silencio. Los dos hombres se miraron fijamente.

Harry Curtis pareció darse cuenta entonces de que había cometido un error. Carraspeó, se mojó los labios con la lengua.

—Bueno —murmuró trabajosamente—. Me podría perjudicar que trascendiese esto que le acabo de decir…

—No se preocupe. Mi límite es imposible de alcanzar. Sólo bebo dos vasos al día como máximo. Comprendo que no quiera vender. Después de todo, la tierra es grande y en cualquier otro sitio encontraré lo que busco…

—Es lo que digo yo —convino Harry, alegrándose de la seguridad que le daba el desconocido en no divulgar su secreto.

—Hasta la vista, señor Curtis…

—Buena suerte, forastero.

John Nelson se tocó de nuevo el ala del sombrero, rozó con las espuelas los ijares del potro y se alejó de allí al trote corto.

Le había salido bien el truco. Antes de hablar con Curtis lo estuvo haciendo con Brian Austin. En realidad los dos habían pagado lo mismo por sus terrenos. Nueve mil dólares. Pero él sabía que hiriéndoles en su amor propio, enfrentándolos en orden a la inteligencia o habilidad, sacaría el fruto deseado.

Durante las semanas de viaje, después que hubo salido del Edén no cesó de pensar en el asunto del ferrocarril. Grant Taylor le había sugerido que olía a podrido. También lo pensó él después de conversar con Patrick Touge, pero su desmoralización hizo que lo olvidase.

Partiendo de este principio, se dijo que tenía que descubrir la parte agusanada del asado. Se estrujó el cerebro tratando de llegar a una conclusión tangible que le permitiese seguir una línea de conducta cuantío llegase a la comarca de Groveton Al fin, tras muchas jornadas de esfuerzos mentales baldíos, se le ocurrió algo en relación con los bonos que según Touge suscribirían los vecinos de Groveton. ¿No cabía especulación sobre ellos, siendo así que su adquisición tenía carácter voluntario?

Era su último asidero. Se dio ánimos para llevar a cabo lo que había imaginado y allí estaban los primeros resultados.

Se encontraba ante una confabulación. Brian Austin no había sido tan concreto como Curtis. No le dijo que el ferrocarril pasaría por sus tierras, pero se negó a venderle su rancho por veinte mil dólares, excluidos los animales, y cuando le preguntó la causa de su negativa, leyó en sus ojos, en la sonrisa que dibujaron sus labios, el porqué.

Tanto uno como otro ranchero contaban con la indemnización que les daría la Compañía por tender los raíles por sus tierras, amén de los beneficios que reportaría a sus haciendas la proximidad del ferrocarril.

Empero, ¿cómo iba a pasar éste por los dos ranchos si uno era continuación del otro en dirección Oeste, y el tramo se dirigía a Houston, hacia el Sur?

La contestación era sencilla. Giraba alrededor del cacareado secreto. Uno de los dos rancheros había sido engañado, y lo más probable era que lo fuesen los dos. Pronto lo sabría.

Haría un par de horas que había hablado con Curtis cuando en su camino a Groveton encontró una casa en deplorable aspecto. Parecía como si acabase de ser víctima de un huracán, siendo así que no soplaba una brizna de aire. El techo levantado en algunos sitios, las ventanas desvencijadas y la puerta… Bueno, en la puerta estaba lo más curioso de la casa. Un hombre de unos cincuenta años se sentaba en una silla teniendo un rifle en la mano.

Al aproximarse Johnny a la casa, el rifle giró en las manos que lo sujetaban.

—¡Ya está largándose!…

Nelson no pudo por menos que acordarse del buen Grant Taylor. También lo había recibido con un arma y una orden de volver grupas.

—No vengo en son de guerra —contestó.

—¡A otro perro con ese hueso!… ¡Dígale a su amo que ya le he dicho que no suscribo los bonos!… ¡Me importa un pimiento que el ferrocarril pase por Groveton o por Panamá!…

Johnny sintió un gran júbilo interior. En aquel hombre podría hallar un estupendo aliado. Lo difícil sería convencerlo de que no había de temer nada de él.

—¿Qué ferrocarril ni qué bonos? —retrucó—. Es como si me hablase en latín…

—Será preferible que no dé motivo para que le hable este bicho que tengo aquí —levantó ligeramente el rifle, añadiendo—: Suelta picotazos cada vez que abre el hocico.

—Tiene que creerme. Me llamo John Nelson y soy de Trinity…

—¿John Nelson, el pendenciero?

—El mismo. ¿Me conoce?

—He recordado que un tipo de Trinity que se llamaba así zumbó una paliza a los hermanos Cellini, de Groveton…

—Fui yo.

—Eso lo sabré ahora. ¿Por qué pelearon?

—El Cellini mayor quiso quitarme la novia, le sacudí un puñetazo y en lugar de defenderse se marchó, volviendo al poco rato con su hermanito.

—Me dijeron que fue una bonita pelea. Los Cellini son duros.

—No estuvo mal del todo. ¿Qué dice ahora?

—¡Por todos los infiernos! Un tipo que deja fuera de combate a ese par de serpientes, ha de ser siempre bien recibido en mi casa…

Johnny desmontó del caballo y recorrió el corto sendero que había entre una verja derribada y los peldaños de la escalinata, subidos los cuales, bajo el porche, estrechó la mano de su admirador.

—Soy Arnold Mac Kay, Nelson…

De repente el joven recordó también haber oído hablar de Mac Kay, un hombre indolente que no se preocupaba por nada.

—No acostumbro a venir por esta parte —contestó—, pero también su fama ha llegado a Trinity, señor Mac Kay.

—Mala fama, ¿eh? Siéntese. Espero a unos amigos.

—¿Los de los bonos?

—Sí; y quiero hacerles el recibimiento que se merecen.

Nelson se sentó en una vieja mecedora.

—¿Qué hay con eso de los bonos? —preguntó—. Estoy dispuesto a ayudarle. Ya sabe que me gusta la jarana.

—¿Todavía no está enterado? Los ofrecen a los residentes en la comarca. Dicen que con el dinero que recojan pagarán una parte del coste del ferrocarril.

—Es justo que así sea —se atrevió a comentar Nelson—. Al fin y

al cabo, ustedes serán los beneficiados…

—¡Al diablo! No soy mi avaro, pero tampoco poseo una fortuna. Me voy comiendo poco a poco la herencia de mi hermana Kate. He calculado que me durará hasta que cumpla los setenta. Naturalmente, si me limito a los gastos personales… Por eso me contento con tener en toda la casa una habitación sin goteras… ¿Se da cuenta? No puedo hacer inversiones extras ni menos permitir que unos bandidos se apoderen con malas artes de mis ahorros…

—¿Se refiere a la Compañía del Ferrocarril?

—Solamente al hombre que capitanea la comisión de bonos y a quienes lo secundan.

—Pero la emisión está autorizada por la Compañía. Se hace de igual forma en muchas ciudades del tendido…

—Eso estaría bien si el procedimiento recaudatorio fuese legal.

—No le comprendo.

—Le apuesto doble contra sencillo a que han emitido una cantidad de bonos cuyo importe superará la cifra que se han obligado a entregar a la Compañía. ¿Lo entiende? Es simple. Falsifican bonos y recogen por ejemplo cincuenta mil dólares. Dan al Ferrocarril treinta y se quedan con veinte. Un negocio redondo.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sabe uno estas cosas sin ser uno de ellos? Basta en estos casos fijarse en ciertos detalles. Le diré algunos que no han pasado inadvertidos para mí. El encargado de la emisión de los bonos es Michel Abbott, el trapisondista número uno de Groveton y puede que de los Estados Unidos de América.

—En Trinity se tiene a Abbott como una persona respetable.

—Y aquí también. Pero conmigo no cuela. Si ese sujeto me tocase el pelo a mí, dejaría de llamarme Arnold Mac Kay. No me interrumpa. ¿Por qué emplea Abbott a la gentuza más indeseable de esta parte de Texas para obtener suscriptores de bonos? ¿Es que no hay gente honrada en Groveton?…

Johnny se rascó la barbilla.

—Todo eso no son más que presunciones suyas, señor Mac Kay.

—Diga usted que son convicciones y acertará.

—Le voy a hacer una pregunta. Cuando esos hombres le ofrecieron los bonos, ¿no le dijeron nada especial?

—¿Respecto a qué?

—Por ejemplo, referente al ferrocarril y su tierra.

—Sí, que según los planos trazados, pasaría por aquí, y hasta me rogaron que no debía decirlo a nadie para que no pudiese llegar a oídos de otros propietarios, que se considerarían defraudados.

—Ahí tiene la prueba, Mac Kay. Es la historia que van repitiendo a todos con el mayor éxito, ya que a los vecinos les ciega la codicia y guardan el silencio que se les exige.

—¡Los muy canallas!… ¿Ve usted cómo me imaginaba que había gato encerrado?

—¿Qué cantidad le invitaron a suscribir?

—Dos mil dólares; pero luego fueron bajando hasta dejarlo en quinientos.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace tres días. Me negué a comprar los bonos y entonces, los dos bandidos que me visitaron, pusieron cara seria para decirme que lo pensase hasta hoy. Se creyeron que me iban a amedrentar. Ya les daré mi respuesta definitiva…

Johnny sacó un revólver, lo revisó, y después de enfundarlo hizo lo propio con el otro.

—Hace tiempo que no huelo la pólvora —dijo.

—Pues ahora podrá desquitarse…

Mas las horas se fueron sucediendo sin que apareciesen los esperados visitantes.

Cuando el sol se puso, Arnold se incorporó dando un bufido.

—¡Malditos forajidos!… Ni siquiera tienen palabra para sostener una amenaza. Vámonos dentro —se palmeó el estómago y añadió, mirando al joven—: Hemos de echar lumbre a la caldera.

—Es una magnífica idea —ratificó Johnny, poniéndose en pie de un brinco—. No he probado bocado desde esta mañana a primera hora.

—Podía haberlo dicho…

Entraron en la casa y Mac Kay calentó en pocos minutos los fríjoles contenidos en una lata de conserva.

El techo del comedor mostraba varias grietas por las que aún se filtraba la luz del ocaso.

Se sentaron en sendas sillas, gimientes al peso, y dieron cuenta de los fríjoles. A Johnny, que andaba son hambre, le pareció un plato exquisito.

—Yo estoy listo —dijo Arnold—. Pero usted debe cuidarse. Le prepararé al fuego un trozo de tocino.

A pesar de las protestas del joven, Mac Kay se acercó a un cajón, de donde extrajo un gran trozo de tocino y del que cortó dos lonchas con un cuchillo de monte.

En aquel instante, cuando Nelson miraba las maniobras de su anfitrión, la puerta de la casa se abrió con estruendo tras saltar la cerradura.

Dos hombres armados irrumpieron en la estancia.

—¡Si celebran una fiesta, aquí llegan los fuegos artificiales!… —exclamó el más alto, patilludo, con una mueca feroz.

Johnny se dejó caer en el suelo.

Tres estampidos retumbaron simultáneamente en la habitación.

El que había soltado la amenaza se agachó hacia adelante, sujetándose el estómago, y se desplomó.

Su compañero recibió en el pecho el otro proyectil enviado por Nelson. Abrió la boca, emitió un ronquido y se abatió también.

La tercera bala, disparada por éste, picoteó en la pared después de rozar la cabeza del joven, el cual gracias a su caída evitó que se le alojase en el pecho.

Mac Kay, estupefacto, en cuclillas ante el fuego, actitud que conservaba desde la entrada de los asesinos, tragando saliva observó los cadáveres.

—¡Que me despellejen si estoy soñando! —rugió al fin—. ¿Cómo ha conseguido hacerlo, Nelson?

Johnny se puso en pie y salió fuera de la cabaña. A poco, regresó diciendo:

—Sólo venían ellos. ¿Son los mismos que lo invitaron a suscribir los bonos?

—Sí; aunque no los había visto antes del otro día. Abbott ha reclutado su gentuza entre los profesionales del gatillo.

Nelson registró a la pareja, encontrando en sus bolsillos tres impresos doblados sobre los que campeaba en letras gruesas un título: «Bonos del Ferrocarril Groveton-Houston».

Los guardó y dijo a Mac Kay:

—Probaré su tocino otro día, Arnold. Ahora tenemos un importante trabajo que hacer.

CAPÍTULO VII

Michael Abbott, de treinta y tres años de edad, rostro de rasgos regulares, ojos castaños y cabello negro, había estrenado aquella mañana un traje príncipe Alberto, de línea impecable.

Abbott era ranchero, como lo fue su padre, pero se había dicho muchas veces a sí mismo que él había nacido para ocupar un sitio más alto No, no estaba conforme con pasar toda su vida en aquel ambiente pueblerino de Groveton. Había visitado con alguna frecuencia las grandes ciudades del Este y establecido contacto con políticos y hombres de negocios. Le impresionó la forma de vivir de esta *élite*. Ellos tenían cuanto se podía desear. Se prometió ocupar un puesto de ese mundo brillante en el más breve plazo posible. Mas pasaba el tiempo y la oportunidad que había de servirle como trampolín no se presentaba. Maldecía de Groveton y sus ciudadanos cuando oyó hablar del ferrocarril Palestine-Houston. Fue un impacto en su mente, un impacto que le produjo una extraña sensación. Tuvo el presentimiento de que allí estaba lo que había deseado. Empezó a trazar minuciosamente un plan que poco a poco fue convirtiéndose en realidad.

Ya estaba a punto de tocar el triunfo con las manos, de asegurarse el éxito, ese éxito que le permitiría remontar el vuelo y escalar las más altas cumbres.

Tal era el pensamiento que dominaba su cerebro el día en que estrenó el traje príncipe Alberto. Cuantío llegó a su despacho, montado provisionalmente en la calle principal de Groveton y que más tarde pensaba trasladar a Houston, antes de dar el salto a la costa del Atlántico, lo primero que hizo fue abrir un cajón de la mesa y extraer un gran cigarro que encendió con parsimonia bajo la mirada expectante de Luby Crane, su lugarteniente.

Después de lanzar una bocanada de humo, dijo sonriendo:

—Hermoso día nos hace, Luby.

—Perfecto, señor Abbott.

Michael se sentó dando un suspiro de satisfacción.

—¿Qué noticias hay? —preguntó.

—Los muchachos continúan sin encontrar a Arnold Mac Kay.

Un súbito ramalazo de ira torció el gesto de Abbott. Setenta y dos horas antes habían entrado en Groveton dos caballos sobre cuyas sillas gravitaban los cadáveres de otros tantos de sus agentes. Éstos habían ido comisionados para disuadir a un presunto rebelde. Envió en su captura media docena de hombres, pero cuando llegaron a casa de Mac Kay, la encontraron vacía y todas las pesquisas habían resultado infructuosas. Se lo acababa de decir Luby.

—¡No es posible! —Golpeó la mesa con el puño—. ¡Un hombre no se puede volatilizar de la noche a la mañana!…

Luby Crane trató de encontrar palabras para justificar un fracaso del que era ajeno.

—Mac Kay será al fin cazado —declaró—. Se habrá escondido pero terminará por asomar la cabeza. Y entonces…

—¡No puedo permitir que nadie se interponga en mi camino!

—Descuide, señor Abbott. Daré orden de que se intensifiquen los trabajos.

Luby Crane salió del despacho, pero al cabo d® un minuto regresó diciendo:

—Tiene una visita.

—¿Quién es?

—John Nelson, de Trinity.

Abbott frunció el ceño.

—¿John Nelson? ¿Qué quiere?

—No me lo ha querido explicar. Dice que es algo personal.

—Está bien, que pase.

Nelson entró en la estancia con paso elástico y se acercó a la mesa tras la que se sentaba Abbott. Éste no se levantó ni le tendió la mano para saludarlo. Sólo dijo:

—Le advierto que tengo el tiempo tasado, Nelson.

—Yo también —repuso su visitante—. Y lo que tengo que decirle es bastante corto.

—Magnífico. ¿De qué se trata?

—De una invitación. Le sugiero que renuncie en nombre de Groveton, y ante la Compañía que preside Patrick Touge, a la construcción del tramo del ferrocarril que iba a pasar por esta ciudad…

Abbott echó el busto adelante, con la cara perpleja.

—¿Se ha vuelto loco, Nelson? ¿De qué está hablando?

—Aún no he terminado. Usted devolverá su dinero a los suscriptores de bonos y dejará el agua correr. Quiero que tenga presente una cosa. Si le hago esta oferta no es porque tenga interés en salvarle a usted el pellejo. Me he decidido a dar este paso porque lo considero como el medio más rápido de que los vecinos defraudados recuperen los ahorros de que tan ingenuamente se han desprendido en beneficio de usted.

Abbott saltó del sillón con la cara lívida.

—¡Le prohíbo que me hable en esas términos, Nelson!

—Ya lo he hecho.

—¡Por lo visto olvida que no está en Trinity!

—Las verdades no están sujetas a cuestiones geográficas. Usted es un estafador aquí, en Trinity y en Constantinopla.

El primer impulso de Abbott fue echar mano al revólver, pero vio tan impasible a su rival que tuvo miedo. Tras un gran silencio, exclamó:

—¡Comprendo lo que le pasa, Nelson! ¡Está celoso, resentido, porque ella me prefiere a mí!

Johnny hizo una mueca.

—¿Ella?

—No se haga de nuevas. Judith me ha contado lo del testamento y la repulsiva treta que usted puso en práctica para hacerla su mujer. ¿Qué calificativo ha elegido para usted mismo, Nelson?… Afortunadamente, Judith se enteró a tiempo de sus maquinaciones y lo arrojó de su lado…

Ahora el asombrado era Johnny. ¡Aquel hombre y Judith! De pronto oyó lo más inverosímil:

—¡Eso es lo que le duele, Nelson!… Que yo me vaya a casar con ella.

—¿Que se van a casar ustedes?

—Dentro de quince días, exactamente —rió Michael.

Johnny tuvo la sensación de que le tiraban de la espina dorsal. Sintió deseos de abalanzarse sobre Abbott y cerrarle la boca de un puñetazo. Pero hizo un esfuerzo por mantenerse sereno y preguntó:

—¿Cuál es su contestación a mi oferta?

—¿Su oferta? ¡Yo estoy arriba de la escalera, y usted en el último peldaño! ¿Cómo puede perjudicarme? Intente escupirme y le caerán los salivazos en su propia cara.

Nelson giró sobre sus talones, dirigiéndose a la puerta.

—¡Otra advertencia! —le gritó Abbott—. ¡Ándese con cuidado o terminará bajo un plantel de margaritas!

John se volvió con la mano en el pomo, replicando:

—¿Y si fuese usted quien estuviese cavando su tumba, Abbott?

Y sin esperar una respuesta, abandonó el despacho.

CAPÍTULO VIII

Judith no podía conciliar el sueño. Hacía una hora que se había acostado. En su imaginación revoloteaban las ideas. Estaba próximo su casamiento con Michael Abbott. Se habían conocido en el transcurso de una velada en Boston, dos años antes. Simpatizaron cuando supieron que eran casi vecinos. Luego se volvieron a ver en alguna ocasión. Él la había visitado al regreso de ella a Trinity, precisamente al día siguiente en que tuvo el desagradable incidente con Johnny Nelson.

Un mes después, Abbott la pidió como mujer. Ella no supo qué contestar al pronto. Estaba sorprendida. Pero Michael la apremió. La quería, la había querido desde que se conocieron. La haría feliz. Era su único, su más ferviente deseo. Sólo viviría para ella porque ninguna otra le importaba más en el mundo.

Al fin Judith dio su consentimiento.

Ahora, en el silencio de la noche, se preguntaba si había procedido conforme a los dictados de su corazón. ¿No se habría precipitado?

Realmente, ¿qué era lo que sentía hacia Michael? No, amor no. Simpatía, afecto, un sentimiento muy distinto de aquél.

¿Y qué más daba ya? Johnny Nelson se había vuelto a esfumar en su vida y esta vez sería para siempre.

No lo había vuelto a ver desde aquel día. Una tarde se presentó en su casa el juez Cavanangh, que resultó ser el caballero del ventanal. Le preguntó si tenía noticias recientes de John. Nadie conocía su paradero. Había desaparecido sin dejar rastro.

Al principio la turbaron las palabras del juez, pero se rehízo rápidamente, contestándole que ignoraba cuanto se refería a aquel hombre.

Luego, cuando el magistrado se hubo marchado, corrió a su dormitorio y se encerró con llave. Johnny se había ido de Trinity y probablemente de la región. Paseó nerviosa de una pared a otra, terminando por arrojarse sobre el lecho, donde lloró con desconsuelo.

Pasaron los días, las semanas, los meses. Johnny no volvió. La herida fue cicatrizando. Michael Abbott y el tiempo terminarían de curarla.

Sí, debía esperar el futuro con mayor optimismo. La vida no concede siempre lo que se le pide.

De pronto, un ruido procedente de la ventana la soliviantó.

Se habría levantado aire, o quizá fuese un crujido de la recalentada madera.

Basta ya de pensar, se dijo. Cerró los ojos, relajando el cuerpo. Necesitaba descanso, o de lo contrario sería una novia marchita el día de su boda.

En aquel momento la ventana se abrió con estrépito.

Judith se irguió de un salto quedando sentada en la cama, Al instante sus ojos se agrandaron. Un individuo embozado se acercaba a su cama.

Fue a dar un grito, pero una mano le tapó la boca. Forcejeó, luchó, pero finalmente le dieron un golpe junto a la oreja y perdió el conocimiento.

Una brisa fresca le ayudó a despertar. Cabalgaba en la noche. Unos brazos férreos la oprimían por el talle. El jinete, indudablemente su raptor, estaba detrás de ella. La habían amordazado y maniatado. Lloró de rabia por verse en aquella situación. ¿Quién era el bruto que la trataba de tal forma y qué se preponía sacándola por la fuerza de su casa? Sintió un escalofrío, aunque prefirió no contestar a su pregunta.

No supo cuánto tiempo duró el viaje. Todavía era de noche cuando se detuvieron. Otro hombre salió de la obscuridad y ayudó al jinete.

Fue conducida en volandas hasta el interior de una casa.

Una vez dentro, le quitaron la mordaza de la boca y cortaron las ligaduras.

—¿Para qué me han traído aquí? —rugió la joven con fiereza.

Su raptor se arrancó el pañuelo de la cara y Judith contempló

asombrada delante de ella a John Nelson.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Tú, sucio tramposo!…

—Será mejor que me oigas antes de que sueltes toda la lista de insultos, Judith.

—¿Escucharte a ti?… ¿Qué sarta de embustes vas a inventar para justificarte?

—No me ha guiado otro motivo que impedir tu matrimonio con Abbott…

—¡Al menos esta vez eres sincero! ¿Pero acaso supones que vas a conseguir algo con traerme aquí de la forma que lo has hecho?

—Te equivocas si crees que mi oposición se basa en mi interés.

—¿No? Qué emocionante. ¿Acaso has abandonado la idea de cumplir las condiciones que te impuso tu tío?

—En la que a ti respecta, sí.

—¿De veras? —dijo irónica la joven—. ¿Y por qué demonios me has sacado entonces de mi casa?

—Para decirte que Abbott no te merece. Él no es lo que tú y mucha gente creen. Tiene fama de respetable, de que va a ser un hombre importante, y no es más que un delincuente de la peor especie…

—¡Cuidado, Nelson! ¡Estás hablando de mi futuro marido!

—Puedo probarlo, Judith. Yo no acuso a nadie gratuitamente.

—¿Cómo lo vas a probar?

Johnny señaló con la mano a su compañero, que hasta entonces había sido testigo mudo de la escena.

—Este hombre te informará. Se llama Arnold Mac Kay y vive cerca de Groveton.

—Cuanto dice Nelson es cierto, señorita Niven —empezó a decir el aludido—. Su prometido es un miserable que intenta aprovecharse de la buena fe de los que residimos en aquella comarca. Abbott se las ha arreglado para ser el presidente de la Comisión encargada de cumplimentar todo cuanto se refiere al tendido del ferrocarril. Uno de los cometidos de la Comisión es emitir bonos con el objeto de recaudar fondos para pagar una parte del coste del tendido. Abbott ha echado mano de unas cuantas artimañas. Ha emitido más bonos de los necesarios, con el fin de quedarse con el remanente de dinero una vez pagada la parte que corresponde abonar a Groveton Y el novio de usted, para conseguir

el mayor número de suscriptores posible, ha contratado una pandilla de pistoleros que recorre la comarca en calidad de agentes…

—No lo puedo creer —murmuró Judith—. ¿Quién me dice que no está usted de acuerdo con John?

—Yo estoy sentenciado a muerte por Abbott, señorita Niven. Por eso Johnny se ha visto obligado a traerla a usted aquí, ya que no quise acompañarle a Trinity. Hubiese sido arriesgar demasiado. Si nos sorprendían en el camino nos habrían matado a los dos. A Nelson por ir a mi lado.

—¿Por qué dice que está sentenciado a muerte, señor Mac Kay?

—Me negué a suscribir unos bonos. Los agentes vinieron a matarme, pero por fortuna Johnny estaba allí y lo impidió.

—¿Matando a los agentes?

—Así fue, señorita Niven, en legítima defensa.

Judith miró a Johnny.

—¿Cómo quieres que lo crea si me engañaste una vez?

—Comprendo tu indecisión. Es algo que debes resolver tú.

—El que pase el ferrocarril por Trinity y no por Groveton es una de las condiciones de tu tío. Podría ser otro de tus trucos.

—Podría, pero no lo es. Comprendí que lo que Sídney deseaba era que pusiese las cosas en orden…

—¿Quieres decir que si no me caso contigo estaré fuera de mi sitio?

—No me refería a ti ahora, sino a lo del ferrocarril y al asunto de Casey Morgan. Te repito que he renunciado a la idea de casarme contigo.

Mac Kay se retiró de la habitación, pasando a otra interior. Los dos jóvenes quedaron solos, sumidos en un silencio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —inquirió la muchacha.

—Iré a Houston He de poner en conocimiento del presidente de la Compañía todo lo que sé respecto a Abbott.

—¿Y después?

—Esperaré a que regrese Morgan. Prometió volver cuando hayan transcurrido los seis meses del plazo. Entonces, me enfrentaré con él…

—¿Por qué se marchó?

—Sanders le ofreció dinero para que desapareciese durante ese

tiempo.
Judith frunció la frente.
—Te encuentro cambiado, John…
—Me ha dado el sol por ahí.
—No es el color de tu piel Hablas de distinta forma que antes. Ya no hay jactancia en el tono de tu vos…
—Es posible. —Nelson cambió de conversación en seguida—: ¿No vas a volver a tu casa? Tus padres deben de estar intranquilos…
—Sí —convino Judith, y al dar un paso se dio cuenta de que estaba descalza. Se miró a los pies y lanzó un grito al verse en camisón—. Oh… Ooooh…
—¿Qué ocurre? —preguntó Johnny.
La joven trató de cubrirse con las manos, mientras sus mejillas se coloreaban y sus ojos parpadeaban horrorizados.
—¡No me mires!… —pidió dando la espalda a Nelson.
—Pero si te he estado mirando todo el rato.
—¡Se conoce que estás acostumbrado a ver a muchas mujeres así!… —repuso ella con irritación.
—Bueno; no seas chiquilla. Ese camisón no enseña nada.
—Oh… ¿Es que hay otros que enseñan?
Johnny se rascó la barba.
—Mira —contestó—, yo no entiendo de modas femeninas, pero te aseguro que no he visto a ninguna mujer tan deliciosa como tú.
—¿Estás… estás seguro? —dijo ella, sin volverse.
Nelson se le acercó por detrás.
—Completamente seguro. Eres la criatura más adorable que he encontrado en mi vida. No sabes cuán arrepentido estoy de… todo eso.
—¿De todo?
—Sí.
—¿Y de ver… otros camisones?
—Sí.
La mano de él la cogió del brazo. Judith se estremeció.
—¿Qué piensas hacer, Johnny… después que acabe el plazo?
—Me iré —contestó él con la boca próxima al cabello de la joven.
—¿A dónde?

—Al Edén.

—¿Es el nombre de un «saloon»? ¿No dices que te vas a corregir?

—Es el nombre del paraíso, de un rincón solitario, perdido en el confín del mundo. Allí se goza de paz, de tranquilidad…, se siente uno cerca del cielo.

La voz de Judith le llegó en un suave murmullo.

—¿Cómo es, Johnny?

—Resulta difícil su descripción Un arroyo nace en un monte y salta de roca en roca hasta encontrar la tierra, por donde discurre serenamente hasta afluir a un lago rodeado de árboles. Las orillas están cubiertas de hierbas y flores… Uno se tiende allí y no puede pensar más que en cosas bellas…

La otra mano varonil subió lentamente por el otro brazo de la hembra.

De repente, Judith se volvió, desasiéndose.

—Sí; es preferible que nos vayamos —dijo con el pecho agitado —. Debo tranquilizar cuanto antes a mis padres…

—¿Y respecto a tu boda con Abbott?

—Lo decidiré en mi casa.

Johnny cogió una manta que había sobre una silla y la entregó a la muchacha.

—Cúbrete con ella —dijo—. No me la llevé para la venida porque cuando salí de aquí no tenía pensado traerte… Luego se me ocurrió que era mejor que oyeses a Mac Kay…

Arnold salió, despidiéndose de la joven.

A instancias de Judith, Johnny se separó de ella cuando faltaban tres millas para llegar al rancho.

CAPÍTULO IX

—¿Te das cuenta del alcance de tus acusaciones? —preguntó Patrick Touge a Nelson después de haber oído el relato de éste.

—Perfectamente; de lo contrario no estaría aquí.

—Es inaudito.

—Tuve mis sospechas cuando sostuvimos la primera conversación acerca de este particular. Yo no estaba de acuerdo con la rentabilidad de ese tendido por Groveton. Era mucho más productivo para la, Compañía el que pasase por Trinity…

—Como siempre ocurre cuando se trata de realizar una obra de esta clase, recibimos un montón de cartas y visitas para convencernos de que el ferrocarril debe pasar por determinado pueblo. Las autoridades de Trinity no se quedaron atrás. Pero por ello mismo, dejamos la elección a nuestro equipo de técnicos.

—Ese equipo tendrá un jefe.

—Sí, el de Groveton es Hall Laski, uno de nuestros más competentes ingenieros. Por eso me extraña más cuanto me dices. Laski no puede cometer un error tan garrafal…

—¿Y si lo hubiese cometido a sabiendas?

—¿Quieres decir que pueda estar de acuerdo con Abbott?

—¿Le alcanzaría a Laski alguna responsabilidad si el ferrocarril, ya hecho, no rindiese conforme a los cálculos financieros?

—No en el sentido penal, ya que se trabaja sobre posibilidades. Sería sólo una mala nota para su hoja de servicios. Honrilla profesional, ya me entiendes.

—¿Qué te parece si ordenas una investigación sobre Laski? Yo me puedo quedar unos días en Houston hasta saber el resultado…

Patrick se levantó del sillón y tendió la mano a Nelson por encima de la mesa de su despacho.

—De acuerdo, Johnny. Vuelve a esta misma hora dentro de tres días.

Nelson empleó los tres días en ir de un lado a otro, nervioso, irritado por la pérdida de tiempo. Para hacer el viaje, Mac Kay le había concedido un préstamo de trescientos dólares.

Por fin llegó la mañana señalada para la nueva cita, y a las diez se encontraba haciendo antesala. Una señorita lo hizo pasar a presencia de Touge tras una espera de veinte minutos.

—Siéntate, muchacho —le dijo el hombre de negocios—. Ahora termino con estos papeles.

Patrick estuvo consultando unos documentos por espacio de varios minutos. Johnny lo observaba atentamente, diciéndose que la investigación cerca de Laski había fracasado, y que Abbott terminaría por alzarse con el montón de dólares robados a los ingenuos de Groveton.

—Bien —dijo Patrick, y levantó la cabeza depositando la mirada en el joven—. ¿Te gusta Houston?

—¡Por todos los infiernos! Déjate de eso. ¿Qué hay de lo nuestro?

Touge sonrió entrelazando los dedos de las manos.

—Te sales con la tuya.

Johnny se puso en pie de un salto.

—¡Repítelo!… —exclamó Nelson.

—Hall Laski está de acuerdo con Abbott Deben de ir seguramente al cincuenta por ciento de los beneficios y hasta puede que Laski se conforme con menos.

—¿Cómo ha podido caer tan bajo Laski?

—La historia de siempre. Laski es casado. Pero hace cosa de un año conoció a otra mujer. No se divorció, sino que empezó a jugar con dos barajas. La dama de sus pecados, según los informes que he recibido, es un punto de cuidado, pero, cosa lógica, él será el último en enterarse Ella es una jugadora empedernida y le gusta vivir bien Laski con su sueldo no tenía ni para empezar. De vez en cuando hacía algún que otro trabajo extra, pero estos ingresos eran eventuales. Se le encargó del tendido de Groveton y allí se le presentó la gran ocasión de hacerse con dinero fácil. Naturalmente, la idea debió de partir de Abbott, pero Laski le prestó desde el principio su más entusiasta apoyo.

—¿Cómo habéis sabido esto último?

—Ha bastado una investigación bancaria. Abbott ha estado enviando remesas de dinero a Laski a través del Banco Ganadero.

Hubo un silencio.

—¿Qué has decidido hacer? —inquirió Johnny.

—Daré orden inmediata a nuestro ingeniero de Lovelady para que suspenda la iniciación del tendido a Groveton. Precisamente iba a comenzar dentro de unos días.

—¿No me podrías dar un duplicado de esa orden? Quisiera presentársela personalmente a Abbott…

—No tengo inconveniente, pero, ¿y si te trae complicaciones? El caso de Abbott debe ser cuestión del fiscal del Estado, a quien pasaré el oportuno comunicado.

—Se trata de un asunto personal. No te preocupes. Sé cuidarme ¿Y Laski?

—Denunciaremos hoy mismo el contrato que nos une con él. Como ha recibido dinero de Abbott tendrá que responder también a las preguntas del fiscal.

Johnny carraspeó vacilando.

—Oye, Patrick… Supongo que no iréis a abandonar la idea de unir Palestine con Houston.

—De ninguna manera.

—Estaba pensando en sí…, bueno, que Trinity es el mejor sitio para el último empalme…

El financiero sonrió.

—Puedes contar con ello Los documentos que he consultado mientras estabas sentado se refieren a esa plan. Los trazó un ingeniero que tuvo la misma idea que tú, pero Laski lo rechazó… Este detalle fue el primero que me hizo sospechar tenías razón.

—Contéstame a esta pregunta, Patrick. ¿Podrían hacer el tendido de Lovelady a Trinity en cuarenta y seis días?

—¿Cuarenta y seis días?… Eso es imposible. Pero, ¿por qué infiernos quieres que sea en ese plazo?

Johnny puso a Patrick al corriente del testamento de su tío.

—Lo siento, muchacho —dijo Touge—. Los obreros son personas, no animales Por muy de prisa que marchen, no podrán hacerlo en ese plazo.

—De acuerdo —repuso John—. No me quejo. Al fin y al cabo,

Trinity tendrá su ferrocarril, que era lo que quería Sídney, aunque yo me quede sin el «Tres Colinas». ¿Me das ese duplicado para Abbott?

Poco más tarde, Johnny salía de la oficina llevando consigo la copia del documento que ordenaba la suspensión del tendido a Groveton.

A mediodía salió de Houston, y cuatro jornadas después, a las once de una soleada mañana, entraba en el despacho de Michael Abbott, tras ser anunciado por Luby Crane.

Abbott lo observó con precaución, diciendo:

—Creí que se olvidaría del camino de Groveton, Nelson.

—Lo he recordado. Usted también va a recordar unas cuantas cosas durante mucho tiempo. —Johnny le arrojó sobre la mesa el escrito que le había dado Touge—. Lea esto.

—¿De qué se trata?

—De una lectura muy instructiva. Con su moraleja y todo. No se la pierda. —Johnny dio media vuelta y cuando estaba cerca de la puerta giró la cabeza para decir—: Beberé unas copas en el «Jezabel» para celebrarlo. Me gusta el ambiente de esta ciudad…

Salió a la calle y penetró en el «saloon» que le había indicado a Michael, acodándose en un extremo del mostrador.

Todos sus movimientos obedecían a un plan construido sobre una hipótesis. Arriesgaba la vida en su ejecución, pero estaba convencido de que valía la pena correr el albur.

Pidió un *whisky* y lo bebió a pequeños sorbos, observando a los clientes del establecimiento, que a aquellas horas no eran más que seis. Después del examen, pidió otro *whisky* y se ladeó, clavando los ojos en las batientes de la puerta.

El tiempo se fue desgranando.

Llevaría en la misma posición veinte minutos cuando llegaron los que esperaba.

Dos hombres de astrado aspecto, sucios, con la barba descuidada, entraron en el local y con la mayor naturalidad se pusieron en el extremo del mostrador más cercano a la puerta, el opuesto al en que se hallaba Nelson.

Ambos pidieron un *whisky* doble.

Formaban una buena pareja. Uno era huesudo, de pómulos salientes, y más grueso el otro, pero los dos tenían la misma mirada

de asesinos.

El huesudo, cuando se llevaba el vaso a los labios, detuvo el movimiento de su mano diciendo con voz fuerte:

—¿No hueles a cerdo, Mark?

Su compañero torció la nariz olfateando a su alrededor.

—Sí, creo que si… Y me parece que lo tenemos cerca…

Instantáneamente, dos parroquianos que se interponían entre los forajidos y Johnny recularon dejando libre el mostrador.

Sólo quedó Nelson, al final.

Mark, el más grueso de los buitres, continuó inspirando, emitiendo un desagradable ruido.

—¿No lo encuentras, Bradley? —preguntó.

Bradley lanzó una exclamación de triunfo.

—¡Ya lo tengo!…

—¿Dónde está?

—Allá abajo —señaló a Johnny—. ¿No lo ves?

—¡Es cierto! —rió Mark—. ¡Un auténtico cerdo!

Nelson no movió un párpado.

Todas las conversaciones habían cesado en el «saloon».

El mozo que atendía tras el mostrador se apresuró a esconder la cabeza.

Los forajidos esperaban una réplica de su víctima.

Johnny los miró fijamente, arqueando ligeramente la cadera izquierda.

—Debieran aprender un poco de educación —declaró con voz fría—. Así no adelantarán nada en la vida…

—¡Y hasta habla! —chilló Bradley—. ¡Un cerdo que habla!…

—Usted es un ejemplar más curioso… —dijo John.

—¿Sí?

—Es un sietemesino que rebuzna.

Alguien soltó una carcajada, pero inmediatamente la cortó en flor.

—Estupendo el chiste —dijo Bradley—. ¿Quieres ver ahora un revólver que ladra?

—Venga —aceptó Nelson—. No me lo perdería por nada del mundo…

Bradley y Mark desenfundaron al propio tiempo. Pero antes de que pudiesen apretar el gatillo, brotaron dos llamaradas de las

manos de su antagonista.

Bradley murió instantáneamente al recibir la onza de plomo en medio de la frente. Mark soltó el revólver como si quemase, pero lo cierto era que Nelson se lo había arrebatado de un certero disparo.

John avanzó sin guardar las pistolas.

Mark, indefenso, mostró una mueca de terror en el rostro al ver los cañones que convergían en su pecho.

—¡No! —gritó.

—Dé la vuelta —le ordenó Nelson, y cuando obedeció fue despojado de la otra pistola.

—¿Me va a matar por la espalda?

—Salga a la calle y monte su caballo. Eche a correr hacia el Sur… Yo iré detrás de usted. Deténgase cuando le avise. ¡Vamos, empiece a andar!…

Johnny enfundó un «Colt», arrojó una moneda de a dólar en el mostrador y salió fuera siguiendo a Mark. Éste cumplimentó a la perfección las instrucciones recibidas.

Cruzaron la calzada en un galope rápido, dejando Groveton a sus espaldas.

Diez millas más allá, Johnny hizo detenerse a su prisionero a la entrada de un cañón que había visto en sus viajes anteriores.

Bajaron de la silla y Nelson dijo:

—Te perdonaré la vida si me contestas a una pregunta.

—¿Y si no la sé contestar?

—Peor para ti. ¿Dónde se refugia actualmente Casey Morgan?

—¿Casey Morgan?… Hace tiempo que no lo veo.

John levantó ligeramente el revólver que esgrimía en su mano derecha.

—¿Falto de memoria, Mark? Qué lástima que no puedas aprovechar la oportunidad de seguir viviendo que te he brindado.

—¡Espere!… Un amigo me dijo que lo vio últimamente en Craket.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuestión de una semana. Él venía de allí.

—¿En dónde te contrató Abbott?

—En Crapeland. También a Bradley.

—¿Por cuánto?

—Cincuenta dólares semanales, más una prima de trescientos

cuando el trabajo acabase.

—El trabajo ya acabó y os habéis quedado sin prima.

—Eso es lo que dijo Abbott antes de que nos encargase matarlo a usted. Bueno, me tomaré unas vacaciones y me iré a visitar a mi tío Jeremías.

Mark subió a su cabalgadura y la espoleó, alejándose como una exhalación hacia el Este.

Johnny montó también su potro y le palmeó el cuello. Había surtido efecto su treta. Exacerbó a Abbott con el documento que le entregó, indicándole al desgaire dónde se hallaría, para que le enviase sus pistoleros. Éstos, por razón de su profesión, debían tener una idea del paradero de Casey Morgan.

Craket era ahora su destino.

CAPÍTULO X

El *sheriff* de Craket, Damon Pitts, casi bizco, con bigotes de foca y hablar tartajeante, miró a John Nelson y dijo:

—¿Casey Morgan?… No, joven Casey Morgan no está por aquí.

—Sin embargo, me informaron de que rondaba esta comarca —repuso su interlocutor.

—Su informante quiso gastarle una broma. ¿Usted cree posible que Morgan estuviese en Craket o sus alrededores sin que yo me enterase?

Johnny observó los ojos del *sheriff* y su estrecha frente. Sería capaz de no ver un diplodocus que pasase por en medio de Craket. Pero había de conformarse con la respuesta e ir a beber a otras fuentes.

—Tiene razón, *sheriff*. El fulano me tomó el pelo. Hablando de otra cosa. Quisiera lavar el polvo de la garganta y divertirme un poco…

—Vaya al local de Rosa Bergman. Pero tenga cuidado con lo que bebe, hijo. Este pueblo tiene fama de ser el más pacífico de Texas. Durante el último año sólo tuvimos un muerto por accidente. Fue Ulises Sherman, nuestro herrero. Un caballo le levantó la tapadera de una coz ¿Y sabe otra cosa?

—Me hormiguean los pies. Dígalo.

—Nuestro empresario de pompas fúnebres ha tenido que instalar un lavadero de ropa para poder comer todos los días. —Damon Pitts se metió los pulgares en las sisas del chaleco y sonrió ufano—. El alcalde ha pedido al gobernador del Estado nos conceda el título de «Ciudad Pacífica del Transmississipi».

—Craket se lo merece —convino Johnny—. Gracias por todo, *sheriff*.

El bar de Rosa Bergman se hallaba situado en la misma calle principal del pueblo, seis manzanas más arriba de la oficina del representante de la Ley.

Indudablemente, era el negocio más saneado de Craket. Todas las mesas estaban ocupadas y en el mostrador se apiñaba la gente pidiendo a gritos *whisky*, ginebra o ron.

Johnny, con paciencia y habilidad, pudo ganar un sitio en primera fila y pedir un vaso de *whisky*.

Al poco rato se levantó un clamoreo en la sala. La barrera de público que había ante el mostrador se disgregó, distribuyéndose sus componentes por los sitios libres.

Nelson pudo ver la causa de aquel alboroto Era una mujer de excepcional hermosura. Tenía la piel morena, los ojos grandes, rasgados, el cabello como la pez. Se cubría con un vestido de tafetán escarlata que mostraba un generoso escote, y las largas piernas las enfundaba en medias negras muy finas.

Por los gritos de los espectadores supo que el ejemplar se llamaba Dolores.

Un piano soltó un chorro de notas y todas las bocas enmudecieron para que sólo se oyese la de la mejicana. Cantaba en español.

> «Hay en este pueblo un charro valiente que me habla todas las noches de su amor.
>
> Yo sólo le doy mis miradas y me guardo… el corazón.
>
> Dame tus labios, Dolores, quiéreme con ternura y pasión pero yo le respondo:
>
> Mañana, cielito, mañana, que esta noche no puede ser, no, no».

Lo mejor de la interpretación era los mohines picarescos con que acompañaba la artista ciertos pasajes de la letra. Los espectadores, que en su mayoría conocían el español lo suficiente para entender lo que Dolores expresaba, rugían, batían palmas, lanzaban los sombreros al aire…

Terminado el número, Dolores desapareció por una puerta tras

recoger la admiración de los parroquianos del local.

Un hombre un poco ebrio que tenía Johnny a su derecha exclamó:

—¡Esa mujer vale su peso en oro!

—¿Por qué no circula entre las mesas después de cantar? —preguntó Nelson.

—Rosa sabe llevar el negocio. Así nos tiene a todos sobre ascuas y consumimos más alcohol en la espera. Dentro de un rato Dolores cantará otro numerito y luego se largará con sus guardias de corps. ¿Los ve? Son aquellos del rincón.

Johnny dirigió la mirada al punto que el otro le señalaba. Vio dos hombres de mala catadura sentados alrededor de una mesa.

—¿Para qué necesita ella una guardia especial? He oído decir que esta ciudad es bastante tranquila…

—Para espantar a los moscones, naturalmente. Hay alguien que quiere a Dolores para él solo.

—¿Quién?

—No lo sabe nadie ni ninguno se ha preocupado por conocerlo. Es preferible vivir sin complicaciones. ¿No se ha dado cuenta de la cara que tienen esos tipos? Matarían a su propia abuela por una moneda de cincuenta centavos.

Nelson admitió para sí que la crítica de los matones estaba bien hecha. Había visto ya varias parejas de la misma especie en el transcurso de los últimos meses.

Media hora más tarde la artista volvió a presentarse ante el auditorio y se reprodujeron las muestras de entusiasmo cuando cantó un número de letra con doble sentido.

Cuando la mujer se marchó por la otra puerta interior, Johnny observó que los dos hombres del rincón salían a la calle.

Pagó su consumición y andando con indolencia, sin prisa, abandonó el local.

Ya en la calle, vio a la pareja doblar la esquina norte del edificio y echó a andar tras ellos. Al llegar a la transversal pasó a la otra acera.

Era de noche, pero la luna llena permitía ver casi con absoluta claridad.

Los hombres se detuvieron ante una puerta por la que no tardó en aparecer Dolores. Luego los tres juntos reanudaron el camino

que conducía al exterior del pueblo.

Johnny los dejó adelantarse una buena distancia y para el caso de que alguno de los tipos se le ocurriera volver la cabeza, empezó a andar como si estuviera borracho.

El trío desapareció en el interior de una casa lindante con el campo.

Nelson pasó de largo y dio la vuelta al edificio. La parte de atrás estaba rodeada por una tapia bastante alta. Invirtió quince minutos en coger piedras de los alrededores para alzar una base en la que apoyarse para saltar y cogerse al borde superior de la muralla. Cuando lo consiguió, se dejó caer en el interior, quedando quieto un rato para cerciorarse de que el ruido producido por sus botas no había sido oído.

Distinguió una escalera con media docena de peldaños y los subió, encontrándose ante una puerta. Estaba cerrada con llave. Sacó una navaja de hoja estrecha, que ya había utilizado en otras ocasiones para los mismos menesteres, y al cabo de un rato hizo saltar la cerradura.

Se introdujo en el interior rápidamente y cerró a sus espaldas, encontrándose sumido en la oscuridad. Coligió que debía de encontrarse en la cocina de la casa. A unas diez yardas vio una línea blanca de luz a ras del suelo. Había, pues, entre donde él se encontraba y la parte iluminada un corredor. Se puso de nuevo en movimiento procurando andar con la suavidad de un felino.

A sus oídos llegó el gorgoteo de una risa femenina. Dolores debía de estar pasando un buen rato.

Se detuvo un instante ante la puerta y sacó el revólver. Luego abrió de un golpe irrumpiendo en la habitación.

Vio a la mejicana en compañía de un hombre que no era Casey Morgan. Él conocía bien al forajido por haberlo visto en dos ocasiones. Su decepción no tuvo límites.

Dolores y su acompañante ce levantaron de las sillas en que se sentaban, reflejándose en sus rostros el temor de habérselas con un enajenado.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre con no mucha firmeza en la voz—. ¿Quién es usted?

—Perdonen —se excusó Johnny—. Me equivoqué de corral.

La hembra se rehízo y midió de pies a cabeza al joven con la

mirada.

—¿Ladrón de gallinas? —murmuró con un brillo irónico de las pupilas.

—Solamente cuando el gallo se ha ido de paseo —repuso Nelson —. Lo cual no ocurre esta vez.

—Es usted imprevisor, ¿eh?

—Quizá un poco novato. Esto me servirá para labrarme una experiencia. Pero ya les dejo.

—¿Se va a ir ahora que empieza la fiesta? —dijo una voz detrás de él.

El joven sintió la presión de un revólver en su costado y dejó caer al suelo su arma sin que se lo pidiesen.

Entraron en la habitación los dos hombres que Sabían venido con Dolores desde el *saloon* de Rosa Bergman.

—Ya he dicho que se trata de un error —dijo Nelson.

—¿Qué clase de error? —quiso saber el que se hallaba a solas con la mejicana cuando John entró.

—Buscaba a un antiguo amigo.

—¿Y es tan importante para usted encontrarlo que asalta la primera casa que se le ocurre?

—Tuve el presentimiento de que lo encontrarla aquí.

—¿Por qué?

—A ese amigo le gustan las mujeres hermosas.

Dolores expresó su agradecimiento con la más cálida de sus sonrisas.

—¿Cómo se llama el tipo? —siguió preguntando el que llevaba la vos cantante.

—Casey Morgan.

Un silencio se hizo en la habitación.

De súbito, Dolores lanzó una carcajada.

Johnny observó que los hombres lo miraban con perplejidad, dándose cuenta de que era ahora cuando verdaderamente había cometido el error.

Sin dudarlo un segundo, descargó un puñetazo en el estómago del que esgrimía el revólver y con la otra mano apagó la lámpara de aceite que había sobre la mesa.

Instantáneamente, al producirse la oscuridad, se armó un maremágnum. El que había recibido el golpe soltó una maldición.

La mejicana dio un grito asustada.

Una voz se oyó fuerte:

—¡No tiréis! ¡Podéis herir a Dolores o a mí!…

—¡Pero él sí lo hará! —respondieron.

—¡Sólo quiero a Casey Morgan! —exclamó Johnny y se movió con celeridad de sitio por si acaso había sido localizado.

—¡No está aquí!

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Llegará esta noche. Es posible que dentro de un rato. ¿Por qué no es buen chico y lo esperamos juntos, como amigos, jugando una partida de *póker*…?

—Déjese de tonterías. Cada uno de ustedes debe esconder ases hasta en los calcetines. Me marcho. Díganle a Casey que John Nelson ha venido por él y que no se irá sin agujerearle la barriga. Añadan que deje de correr y dé la cara como los hombres.

—Casey lo hará picadillo.

—Es cuenta mía. Ahora me llevaré a la señorita conmigo para evitar una posible tentación de ustedes. Póngase en la puerta, Dolores.

—Ya estoy —repuso la joven, transcurrido un minuto.

Johnny saltó, colocándose detrás de la hembra, a quien abarcó por el talle estrechándola contra sí.

—Empiece a retroceder hacia la puerta principal —le ordenó—. Vaya guiándome usted…

Ganaron la salida sin ningún contratiempo y se alejaron de la casa rápidamente. Cuando llegaron a la calle principal, Nelson detuvo por el brazo a la hembra, diciéndole:

—Siento haberla utilizado como escudo, pero mis probabilidades eran pocas.

—No lo sienta. Aposté mentalmente, cuando lo tenían cogido, a que usted les ganaba la mano.

—Tuve suerte.

—No sea modesto. Pero, dígame, ¿por qué quiere vérselas con Casey?

—He de arreglar un asunto pendiente con él.

—Pues demuestra ser un tipo con agallas. Casey no tiene rival con la pistola, ¿lo sabe?

—Tampoco lo hago yo mal. ¿Qué es usted de Morgan?

—Su novia. Lo paga bien y yo tengo prisa por reunir dinero para volver a mi país y sacar de la cárcel a mi hombre. Le impusieron el pago de unos miles de pesos o subsidiariamente diez años a la sombra. Como no tenía plata, se la cargó el Pobrecito mío. Ya lleva dos años metido entre rejas, pero no llegará a cumplir los tres, porque lo libraré antes.

—Celebraré que así sea —tras de una pausa, John preguntó—: ¿A dónde ha ido Casey?

—A sacar dinero del Banco, en Palestina. Se había quedado sin blanca últimamente.

Johnny metió la mano en el bolsillo y la extrajo alargándole a la joven un montón de billetes.

—No —sonrió ella—. No lo puedo aceptar.

—Acuérdese de su hombre. Necesita sacarlo antes de tres años.

Dolores cogió el fajo y dijo, ladeando la cabeza, con insinuante movimiento:

—¿Puedo darle algo a cambio?

—Gracias —repuso él—. Voy a estar muy ocupado. Buena suerte.

Se separó de la mejicana y se encaminó a la puerta del *saloon* de Rosa, donde había dejado su caballo. Después se dirigió a un hotel que había visto a su llegada a la ciudad y tras dejar la montura en el cobertizo, pidió una habitación.

Estaba muy cansado y apenas se encontró en el cuarto, se tendió en la cama dando un suspiro de alivio.

Cerró los párpados y se quedó dormido en pocos segundos.

Lo despertó un golpeteo en la puerta y saltó de la cama desenfundando un revólver.

—¿Quién es? —preguntó.

—Yo, Dolores —oyó con sorpresa la voz de la mejicana.

—¿Qué quiere?

—¡Abra! ¡Tengo algo importante que decirle!

Abrió unos centímetros y al comprobar que Dolores estaba sola en el corredor la dejó pasar.

La joven habló con rapidez.

—Casey ha llegado. Se ha puesto rabioso al saber que está usted aquí. Dice que está cansado de huirle y que lo matará. Lo desafiará… ahora… Quiere un duelo en la calle…

—De acuerdo —sonrió Johnny—. Es lo que yo deseaba.

—¿Es que no se da cuenta? ¡No tiene usted la menor posibilidad de salir con vida de Craket!… Aunque consiguiese ser más rápido que Casey, dos o tres de sus hombres estarán apostados en la calle para fulminarle a usted si es su jefe quien cae…

—He de correr ese riesgo, Dolores —repuso Johnny mientras rellenaba de plomo los compartimentos vacíos del cilindro.

—¿Es usted un suicida?

—Mire, ricura. Usted tiene alguien por quien luchar. ¿No es así? Debe procurar mantenerse a flote… para que su hombre no se ahogue. Pero yo no tengo a nadie que se preocupe por mí. Es una ventaja. Puedo morir cuando me parezca… Y ahora váyase. Ya ha hecho bastante.

La joven lo miró con tristeza y asintió con la cabeza, saliendo de la habitación.

Johnny volvió a cerrar con llave y se sentó al borde de la cama. Consultó su reloj. Eran las doce y media de la noche. Corrieron los minutos.

Una piedra chocó contra un cristal de la ventana, rompiéndolo, y una voz llegó de la calle.

—¡Eh, Nelson!…

Se acercó agachado a la ventana para evitar ser sorprendido y se levantó poco a poco.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—¿No me conoce? ¡Soy el hombre al que tanto ha buscado!…

¡Casey Morgan al fin!

—Empezaba a creer que perseguía a un ratón —contestó para enrabiarlo más e incitarlo al duelo.

—¡Se salió con la suya! Después de todo cobré lo de ese tipo y cumplí mi palabra saliendo de la comarca de Trinity… No tengo la culpa de que me haya encontrado… ¡Bien, aquí me tiene!… ¿Qué espera para salir?…

—¡Voy al momento!

—Estaré esperándole treinta yardas más arriba de este hotel, en medio de la calle…

Johnny salió del cuarto y bajó las escaleras, enfundando el revólver.

Puso el pie en la acera y descendió a la calzada.

Casey Morgan estaba inmóvil, donde había dicho, bañada su figura por la luz plateada de la luna.

Johnny miró a los lados, tratando de descubrir en los rincones de sombras, junto a las paredes, a los secuaces del forajido. Pero no observó ningún bulto anormal. Al parecer, en la calle sólo se hallaban ellos dos… y la muerte.

De vez en cuando el silencio de la noche era flagelado por algún grito procedente del *saloon* de Rosa Bergman.

Nelson se puso en línea con su rival.

Un coyote aulló en la lejanía.

Empezaron a andar como si hubiesen recibido una simultánea orden de un árbitro invisible.

La distancia que los separaba se fue acortando muy lentamente porque sus pasos eran breves, reposados.

Un gato corrió por la calle, cruzándola por entre los contrincantes. Luego, en la acera, se detuvo, miró con sus ojos fosforescentes los cuerpos que avanzaban y lanzó un bufido, confundiéndose con las sombras de un callejón.

De pronto los dos hombres se detuvieron al mismo tiempo. Se movieron sus manos. Brotó una llama de un lado, y una décima de segunda después, otra en la parte de enfrente.

Dos estampidos. Dos pedacitos de plomo rasgaron el aire ululantes.

No hubo más disparos.

Los rivales permanecieron quietos. Uno de ellos sabía que el otro se iba a derrumbar porque, aunque de pie, estaba muerto, con el corazón partido de un balazo.

Casey Morgan era el cadáver. Ni siquiera había tenido tiempo para asombrarse de que existiese un hombre más rápido que él en apretar el gatillo. Se desplomó sobre la tierra y el polvo.

Johnny tenía en cuenta el otro peligro que se cernía sobre su cabeza. Por ello él también se arrojó al suelo. Fue una inspiración. Una bala salida del callejón en que se había escondido momentos antes el gato le rozó el cuello. Replicó con otro disparo y oyó un aullido y el ruido de un cuerpo al abatirse sobre la madera.

—¡Cuidado, a la izquierda! —Oyó que le decía Dolores.

Se ladeó y escupió otra ración de plomo sobre la figura que había emergido del rincón de una puerta.

El nuevo contendiente giró como una peonza y se estrelló contra un poste, quedando con las piernas en la acera y el busto y la cabeza en la calzada.

Johnny oyó ruido de pasos, de alguien que corría por la más próxima transversal. Era el tercer hombre de Morgan que huía ante el temor de acabar como sus compañeros.

Al cesar los disparos, empezó a salir gente del *saloon* de Rosa Bergman.

Dolores acudió al lado de Johnny, el cual, ya enderezado, se sacudía el polvo, se puso de puntillas ante él y lo besó en la boca.

—Eres un valiente, muchacho —le dijo con admiración incontenible.

—¡Y tú una brava mujer! —le sonrió Nelson.

—¿Y dices que no tienes a nadie que se preocupe por ti?

—Quizá halle un día esa persona en alguna parte.

—Sí, vete… —La hembra hizo una pausa—. Vete, o mi hombre se tragará los diez años completos a la sombra.

Los curiosos iban de un cadáver a otro, sucediéndose las exclamaciones de sorpresa y los comentarios.

Un hombre cubierto del cuello a los pies con un camisón blanco como la nieve se presentó en el lugar del suceso, dando saltos como una liebre y esgrimiendo un revólver. Era el *sheriff* Damon Pitts vio los cuerpos inmóviles y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Santo cielo!… —señaló a los caídos haciendo un círculo y preguntó—: ¿Están borrachos?

—No, *sheriff* —le contestó alguien—. Están más muertos que mi tatarabuelo.

—¡No es posible!… ¡Éste es un pueblo pacífico!…

En eso descubrió a Nelson y galopó a su lado.

—¡Usted ha sido! —exclamó—. ¿Cómo se ha atrevido a hacer una cosa así?… Le dije que bebiese con cautela…

—El que está en medio de la calle es Casey Morgan —contestó John con voz grave—. Los otros dos son compinches suyos. Le quedaría muy agradecido *sheriff*, si enviase cuanto antes un comunicado al juez Cavanangh, de Trinity.

—¿Casey Morgan?… ¡Por los cabellos de *lady* Godiva!… ¿Qué va a ser de nuestro título ahora?…

Nelson dio media vuelta y se encaminó al hotel.

Media hora más tarde salía de Craket.

Días después llegaba al refugio de Arnold Mac Kay, quien al conocer las noticias que traía se mostró entusiasmado.

Johnny quiso acostarse en seguida, pues durante la última semana sólo había dormido a ratos. Cuando estaba desvistiéndose, Mac Kay apareció en la puerta del cuarto golpeándose la frente.

—Se me olvidaba… Esa joven estuvo aquí…

—¿Qué joven? —inquirió él sintiendo que se aceleraban los latidos de su corazón.

—Judith… la que raptaste…

—¿Qué quería?

—Despedirse de ti.

—¿Despedirse? —Ahora la sensación fue muy distinta.

—Me encargó te dijese que no se casaba con Abbott y que se marchaba al Este. Piensa residir allí… Le habían ofrecido una cátedra o algo parecido en una Universidad y escribió aceptando…

—Gracias —murmuró Johnny, y se tendió en el lecho embargado por un sentimiento de derrota.

No tendría el «Tres Colinas», pero eso no era lo especial. Judith se había alejado de él definitivamente. La había perdido.

Capítulo XI

Trinity parecía arder en la noche por los cuatro costados. Brotaban las llamas de todos los lugares. Centenares de antorchas habían sido encendidas para dar brillantez al espectáculo. Los obreros del ferrocarril se aproximaban a las afueras de la ciudad. Cincuenta yardas más de riel y llegarían al sitio elegido para la estación.

Los ciudadanos cantaban y reían por las calles. Las botellas de alcohol pagaban de una mano a otra sin descanso hasta quedar vacías. Hombres y mujeres, al compás de cualquier instrumento, danzaban entre gritos, se cogían de las manos, se separaban, cambiaban de pareja…

John Nelson, sentado sobre un cajón, contemplaba en actitud pensativa a los obreros que trabajaban con ahínco para rematar el tendido y sumarse al jolgorio de la población.

—¡Ésta sí que es buena! —dijo una voz a su espalda—. ¿Es posible que seas tú el aguafiestas de la pandilla?

Era Patrick Touge.

Johnny se levantó y le estrechó la mano.

—No sabes cómo valoro este gesto tuyo Patrick —declaró emocionado.

—¡Al diablo!… Si un favor se puede hacer, se hace. Después de marcharte de mi despacho estuve pensando en lo del plazo impuesto por tu tío y prometí hacer lo posible por llegar aquí antes que acabase… ¿Qué te parece?

Nelson sonrió.

—Que si te descuidas un poco, no llegas. Son las once. Dentro de una hora el «Tres Colinas» pasará a ser propiedad de Edmund Sanders, el capataz de mi tío…

Patrick frunció el ceño.

—Ya leí que mataste a Casey Morgan. El fiscal del Estado ha metido mano a Abbott. Así que te ha fallado lo de la chica.

—Mejor sería decir que yo le he fallado a ella.

—¿Por qué?

—Hubiese sido la condición más fácil de cumplir. Judith estaba predispuesta a aceptarme como esposo, pero yo lo estropeé todo con mi forma de ser… Me pasé de listo, Patrick, y herí sus sentimientos. Me lo tengo bien merecido.

—Pero, ¿no has hablado con ella explicándole tu arrepentimiento?

—Se marchó a residir al Este cuando yo me ocupaba de lo de Morgan. De todas formas, no le hubiese pedido de nuevo que fuese mi mujer.

—No veo el motivo.

—Por nada del mundo hubiese permitido que ella creyese lo hacía para conseguir la herencia. Y tal impresión hubiera sido inevitable. ¿De qué forma le podía decir que la quería por ella misma?… No. Patrick, era imposible.

—Lo siento.

—Las cosas han venido así y hay que conformarse con el destino.

Patrick sacó una petaca. Liaron cigarrillos y encendieron.

—¿Tienes hecho algún proyecto, Johnny?

—Concretamente nada. Sólo una decisión clara. Me marcharé de Trinity.

—Puedo ofrecerte un empleo en la Compañía. Desde luego, el sueldo sería bueno.

—No, gracias. Te verías en un apuro para encajarme detrás de una mesa. No he nacido para eso.

—¿Entonces?

—Dicen que en California se ha vuelto a descubrir oro. Seguramente me dejaré caer por allí. —Nelson sonrió—. A lo mejor tengo suerte y doy con un buen filón…

—Comprendo que mis intentos para que cambies de idea no valdrán de nada. De modo que lo único que me queda hacer es desearte suerte, cualquiera que sea el derrotero que tomes.

—Eres un gran amigo, Patrick. Yo también te deseo fortuna.

En aquel instante se elevó al cielo un cohete y estalló como un

cañonazo. A continuación siguió un clamoreo ensordecedor. La línea del ferrocarril Palestine-Houston había llegado a Trinity Una banda de música empezó a interpretar el himno americano. El alcalde de la ciudad corrió hacia Patrick Touge y lo abrazó mientras se sucedían los vítores y los hurras de los ciudadanos enfervorizados. Las mujeres besaban a los sucios obreros, los cuales mostraban en sus sonrientes rostros el orgullo de ser piezas esenciales de aquella extraordinaria apoteosis.

Patrick Touge recibió un martillo y dio un golpe simbólico en el último raíl; luego el alcalde hizo lo mismo.

Los hombres sacaron sus revólveres y empezaron a dispararlos una y otra vez al aire.

Johnny Nelson, el auténtico artífice de aquella obra, dio media vuelta y echó a andar hacia el centro de la ciudad.

En el camino fue abrazado un sin fin de veces, lo invitaron a beber de varias botellas, y tuvo que rechazar gran número de invitaciones para bailar.

Una joven que hacía pocos días había llegado a la ciudad, empleada como camarera en la casa en que él acostumbraba a hacer sus comidas, se le plantó delante interceptándole el paso. Era hermosa, de curvas pronunciadas, y cara picante, provocativa. Se llamaba Sally.

—Hola —lo saludó irguiendo la barbilla.

—Hola —repitió él, y al ir a pasar por el lado de ella para continuar su camino, Sally dio un ágil salto interrumpiéndoselo de nuevo.

—¿No te alegra la fiesta, John Nelson?

—Sí, mucho.

—Pues no se nota, hijo. ¿Sabes que han intentado besarme muchos hombres? A ninguno le he dejado.

—Eso está bien.

—¿Tú… tú no quieres besarme?

Johnny la miró dando un suspiro de resignación.

—No —contestó.

El pecho de la hermosa se agitó súbitamente embravecido.

—¿Quién te has creído que eres?

—Mira, Sally. Eres muy bonita. Quizá otro día me preocupe más de tus encantos, pero esta noche he de hacer algo importante…

La joven giró sobre sus talones y se separó de él toda ofendida.

Nelson reanudó el paso con una sonrisa en los labios. Pensaba que el Johnny de unos meses atrás no habría desaprovechado una ocasión como aquélla. ¿Qué le ocurría? Ciertamente debía haber cambiado mucho.

La puerta de la casa del juez estaba abierta. Penetró, pasando directamente al despacho, donde ya se hallaban reunidos el magistrado y Edmund Sanders.

Era evidente que el capataz no podía faltar, como no faltaba el cuervo al festín de la carroña.

—Buenas noches, Johnny —lo saludó Cavanangh con voz afectuosa.

Sanders no abrió la boca y el joven correspondió al saludo de Su Señoría.

—Siéntate, muchacho —lo invitó Cavanangh.

—Si le parece, juez, podríamos ir inmediatamente al asunto… —apuntó John.

—Desde luego, soy de la misma opinión —corroboró Sanders—. ¿Para qué perder el tiempo?

El administrador de justicia sacó un reloj del bolsillo de su chaleco, abrió despaciosamente la tapa y después de consultar la esfera declaró:

—Caballeros, son las once y treinta y tres minutos. Según la última voluntad del finado Sídney Nelson, el plazo de seis meses establecido para el total cumplimiento de las condiciones expira a las doce. Así, pues, faltan exactamente veintisiete minutos…

—Pero el señor Nelson renuncia a esos minutos —opuso Sanders.

—Yo, como albacea testamentaria, no puedo admitir tal renuncia —sentenció el juez mirando ominosamente al capataz.

Johnny se encogió de hombros y se acercó al ventanal tras el que no cesaban de pasar grupos de alegres ciudadanos.

—Señor Nelson… —dijo Sanders.

—¿Qué quiere? —inquirió el aludido sin volver la mirada.

—En su habitación del rancho he observado que hay algunas cosas suyas.

—Ya iré por ellas.

—Preferiría que me dijese dónde puedo enviárselas.

Johnny giró rojo de ira.
—¿Debo suponer que no quiere que vaya por el rancho a recogerlas?
—Digamos que su presencia no es grata a su nuevo dueño… —Los ojos de Sanders brillaban triunfalmente.
—Es usted un inmundo sapo —rugió Nelson—. ¡Y ahora mismo le voy a…!
—¡Juez! —chilló asustado Sanders al ver que el joven se le echaba encima.
Aunque el deseo de Cavanangh era que Johnny hubiese castigado la impertinencia de Sanders, se vio en la necesidad de intervenir.
—¡Por vida…! ¡Les recuerdo que están en mi despacho, no en el «Blue Saloon»!
Johnny se refrenó, volviendo al ventanal, y Sanders respiró tranquilo.
El juez había dejado el reloj sobra la mesa y el tic tac resonaba en la estancia con ritmo inexorable.
—¿Qué hora es? —preguntó el capataz pellizcándose nerviosamente el lóbulo de una oreja.
—Las doce menos dieciséis minutos —contestó Su Señoría.
Sanders sacó su reloj y al ver la posición de las agujas soltó un bufido.
—¡Yo tengo las doce menos nueve!
—Usted va adelantado siete minutos.
—¿Cómo lo sabe? ¿No puede ir el suyo retrasado?
—Mi reloj va con el de la Alcaldía, señor Sanders. ¡Es la hora oficial de Trinity!
Edmund gruñó por tener que conformarse con lo establecido.
Transcurrieron otros seis minutos.
Sanders empezó a pasear de un lado a otro de la habitación, como un oso enjaulado.
Johnny se mantenía sereno junto al ventanal.
El juez hacía como que leía un libro, siendo así que interiormente estaba a punto de estallar.
Las doce menos ocho minutos.
—¡Es una estupidez! —exclamó Edmund—. ¡Debíamos terminar de una vez!…

—Suelte otro insulto y le impongo una multa de cincuenta dólares —le amenazó Cavanangh.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y Judith Niven irrumpió como una exhalación en el despacho.

CAPÍTULO XII

Al juez se le cayó el libro de las manos. Fue a levantarse y se golpeó las rodillas con el filo de la mesa.

Johnny al ver a la joven sintió la verdad de su amor. Pero se quedó quieto, mirándola sin poder articular palabra.

Sanders tragó saliva y se arrugó como un perro al que estuviesen a punto de castigar.

Judith llegó resuelta frente a la mesa del juez y apuntó con el brazo estirado a Nelson diciendo:

—¡Cáseme ahora mismo con ese cabezota!…

—¡Judith! —exclamó Johnny estupefacto.

—¡No! —Ladró Sanders con los ojos inyectados en sangre.

—¿Quién dice que no? —rugió su señoría enseñando los dientes —. ¡Eso está hecho!…

Sanders extrajo nuevamente su reloj. Los dedos le temblaban como si estuviese próximo a mi ataque.

Johnny se acercó a la joven y le cogió las manos.

—¡Querida!…

—Dime, Johnny, ¿es cierto que sólo te importo yo?

—Sí.

—¿Que aunque no heredases te casarías conmigo?

—Puedes hacer la prueba.

—No; te creo. El «Tres Colinas» te pertenece. No puedes dejar que se escape de tus manos…

—¡El libro! —bramó el juez tirando papeles, cajas y un montón de cosas que había encima de la mesa—. ¡No encuentro el libro para casaros!…

Judith y Johnny se sumaron a la búsqueda febril del libro.

—¿De qué color tiene las tapas? —inquirió ella.

—¡Rojas! —Cavanangh miró una vez más el reloj—. ¡Santo Dios!… ¡Faltan siete minutos para la hora!…

La joven abrió un cajón y extrajo un tomito de reducidas dimensiones.

—¿Es éste? —preguntó exhibiéndolo.

—¡Sí! ¡Tráigalo! ¡Vamos, póngase ahí, Judith!… ¡Usted, el reo!… ¡quiero decir, el novio!… ¡Eso es!… ¡Atención!… ¡Mis gafas!… ¡No tengo las gafas!…

—¡Léalo sin ellas! —dijo Nelson.

Cavanangh se mojó los dedos con la lengua y comenzó a pasar hojas del libro.

—¡No lo encuentro!… ¡Aquí está!… —Metió la nariz entre las páginas y leyó—: Constituido el tribunal para juzgar los delitos…

—¡Se ha despistado! —chilló Judith.

El juez, con la cara bañada en sudor, miraba el reloj, y seguía pasando hojas.

—¡Cinco minutos!… ¡He de casarlos!… ¡He de casarlos!… «Hijos míos vais a contraer matrimonio, vais a establecer un vínculo…».

—¡Ya está bien, juez! —gritó Sanders—. ¡Se acabó la boda!

Los dos novios y el juez miraron al capataz, el cual esgrimía un revólver que apuntaba al pecho de Judith.

—¿Es que ha perdido la razón? —exclamó Cavanangh—. ¡Guarde esa arma!

—No; juez. Me encuentro perfectamente, y por eso hago esto. No intenten nada porque no vacilaré en disparar contra la señorita Niven —los ojos de Sanders brillaban como ascuas—. El rancho será mío pese a todo… ¡No consentiré que nadie se interponga entre él y yo!… ¡Edmund Sanders será el dueño del «Tres Colinas»!…

—¡Está cometiendo un delito de coacción! —dijo Johnny con los dientes apretados por la furia.

Sanders lanzó una estentórea carcajada.

—¿Lo ha oído, juez? Nuestro presunto novio quiere saber de cuestiones legales. Ande, dígale la verdad sobre mi supuesta coacción… Entérelo de que no podrá alegar nada contra mi derecho a la herencia… El pobre necesita un poco de instrucción… ¿No se da cuenta, señor Nelson, de que a partir de las doce podrá casarse con la señorita Niven? Yo no me opongo a su boda, ¿lo entiende?… sólo hago lo posible para que usted no cumpla la condición del

testamento…

—Es cierto —dijo el juez viendo que las saetas del reloj señalaban las doce menos tres minutos.

—¿Lo ha oído? —rió de nuevo el capataz—. Ustedes se casarán y yo les desearé una eterna y romántica luna de miel… ¡pero el «Tres Colinas» será mío!

Johnny tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para vencer el deseo de abalanzarse sobre Edmund. Si lo hubiese escogido a él como víctima no le habría importado recibir el balazo, pero era Judith la que estaba amenazada. Sanders había sabido elegir bien.

—Dígame la hora, juez —pidió el capataz—. No puedo sacar mi reloj.

—Faltan dos minutos.

—Estupendo. Va a ser una espera muy corta.

La puerta se abrió de nuevo. Patrick Touge y Arnold Mac Kay penetraron en el despacho del juez.

Sanders tuvo un momento de duda al rectificar su posición para ver quién llegaba.

Johnny saltó, dejándose caer hacia atrás, y cuando estaba en el aire disparó la pierna derecha contra el brazo armado del capataz. Fue un golpe terrible. Sanders lanzó un aullido de dolor al tiempo que se producía un estampido. El proyectil picoteó en el techo.

Mac Kay, que se había dado cuenta de la situación no más entrar, sacó el revólver y encañonó a Edmund dándole una orden perentoria:

—¡Quieto, o lo reviento como un cohete!

Johnny se levantó como un rayo y fue a lanzarse sobre Sanders, que en un instante se había empequeñecido, pero lo contuvo Judith.

—No, Johnny. Déjalo… No quiero tristezas hoy. Ha obrado con malas artes, pero ya recibe su castigo no consiguiendo lo que pretendía… Conténtate con despedirlo del rancho.

—Como tú quieras —asintió el joven.

—¡La boda! —exclamó Cavanangh—. ¡Falta un minuto!…

Abrió nuevamente el libro, del que no se había separado y, rapidísimamente, leyó la parte relativa a la ceremonia. Después hizo las preguntas de ritual y cuando hubo recibido las respuestas afirmativas de los contrayentes, dijo:

—¡Yo os declaro marido y mujer!

E inmediatamente se dejó caer en el sillón, dando un resoplido y jadeando entrecortadamente.

El reloj de la Alcaldía de Trinity dio la primera campanada de las doce.

Johnny enlazó a Judith por la cintura y la atrajo hacia sí besándola en los labios.

Mac Kay despojó a Sanders del otro revólver y le indicó que saliese de la habitación.

Touge sonreía con las manos en los bolsillos.

Su Señoría se limpiaba el sudor de la frente coa un pañuelo. Vio por el ventanal a Sally, la nueva camarera, a quien acompañaba Jim «el Largo», y la siguió con la mirada en sus contoneos, maldiciendo para sus adentros la suerte del barbero.

Continuaban sonando las campanas.

Cuando se apagó el eco de la doceava, Sanders ya no estaba en el despacho.

Pero Judith y Johnny continuaban besándose.

FIN